

**MEMORIA DE UN PUEBLO QUE SE NIEGA A DESAPARECER**

**Relatos sobre el despojo y la lucha por el territorio en el Resguardo Indígena San Lorenzo,  
Riosucio, Caldas, 1940-1980**

Erika Yuliana Giraldo Zamora

Trabajo de Grado para optar para título de Antropóloga

Asesora  
Sofía Botero Páez  
Antropóloga, magíster en arqueología

Universidad de Antioquia  
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas  
Departamento de Antropología  
Medellín, 2018

## **Agradecimientos**

A mi madre por ser mi aliento y amiga, por darme fuerza, por no parar de contarme su infancia, sus miedos y la historia de mis abuelos en los latifundios y de mis ancestros. A mis tías: Lucia, Marta y Eucaris por forjar mi espíritu, por transmitirme los conocimientos de las mujeres de mi familia, contarme y recontarme sus infancias en los cosechaderos. A estas cuatro mamás Zamoras por apoyar mis decisiones, mis locuras cuerdas y mis ganas por estudiar, gracias por cada consejo, regaño, lágrima, abrazo y apoyo.

A mi padre por enseñarme a luchar por ser cada día más sabía, consiente y amar el conocimiento a pesar de su ingenuidad por las letras, por sus mojadas de barriga en los latifundios de café, por sus manos toscas, fuertes y amorosas que han trabajado la tierra desde que su mente lo recuerda.

A los mayores Silvio Tapasco, Benjamín Tapasco, Hermelina Bueno, Ovidio Gañan y Boanerges Salazar por compartirme y transmitirme sus experiencias, conocimientos, penurias, luchas, lágrimas y amistad, por confrontar los conocimientos banales y útiles de la academia.

Al guardia Leonel Bueno por brindarme su amistad, compartirme sus historias, permitirme conocer parte del territorio con la guardia, asombrarse conmigo con las historias y capacidad de lucha de nuestro pueblo y por enseñarme que la coherencia no es fácil y que hay que luchar por ello.

A la líder Yanet Tapasco por permitirme conocer la fuerza de las mujeres y hacerme reflexionar las problemáticas.

A mi compañera Sara Ortiz Ospina por escuchar mis rayes históricos durante estos 5 años de amistad, acompañar mis pasos y las visitas a los mayores. Gracias por leerme y releerme, por darme fuerza para continuar y no tirar la toalla en la escritura y recordarme el camino recorrido.

A los Solidarios, El Comité de Solidaridad de Pereira por incentivar en mí la pasión por la historia, el conocimiento y trabajo comunitario.

A Luis Guillermo Vasco por regalarle música a mi conciencia, contradecir mis miedos, prejuicios, conceptos y por confrontarme durante toda la carrera. Gracias por las historias de los olvidados, por compartirme sus escritos, enseñarme el camino de los conceptos en la vida para abrir nuevos y leer, criticar y corregir este trabajo.

A la organización indígena de San Lorenzo: el cabildo, los jóvenes, las escuelas propias y la guardia por los años de amistad y aprendizajes, y a la Emisora Ingrumá Estéreo por acoger la niña que quiso ser locutora y comunicadora comunitaria.

## CONTENIDO

INTRODUCCIÓN .....	15
<u>I.</u> EL GRAN REVOLCÓN.....	21
Colonización y minería .....	21
Hecha la ley, hecha la trampa.....	24
Sembrando café para pagar penitencias .....	26
La desaparición de los resguardos.....	29
La disolución del resguardo .....	34
Hacia Pueblo Nuevo.....	37
La división de las comunidades madre .....	40
La prohibición del guarapo .....	45
De dueños de la tierra a jornaleros y aparceros.....	47
Las Juntas Comunales y La Escuela Radiofónica.....	50
<u>II.</u> PRENDIENDO LA LLAMA .....	55
Ampliando la conciencia .....	55
De nuevo en San Lorenzo.....	58
Un analfabeto político en las tomas de tierra .....	62
Armando los fogones y la solidaridad con la lucha.....	68
Las fiestas del campesino .....	76
Los curas falsos y la recuperación del Dagua.....	83
La división con la ANUC.....	88
La reestructuración del Cabildo .....	90
Trabajos citados .....	93



## RESUMEN

A partir de la memoria que tienen los mayores de San Lorenzo (Riosucio- Caldas) se construye este relato sobre la historia del despojo territorial y la lucha por la organización, recuperación del territorio, el resguardo y el cabildo. El trabajo se estructura en dos capítulos, el primero: el gran revolcón, da cuenta de la relación intrínseca entre disolución de los resguardos, colonización antioqueña y economía cafetera en Riosucio con el hurto de tierras y el exterminio social y cultural en los resguardos generado por el Estado, la iglesia, la elite riosuceña y los campesinos, hacia los “indígenas” del resguardo de San Lorenzo. El segundo, prendiendo la llama: es el desarrollo organizativo de los mayores en los movimientos sociales y campesinos y la lucha por la recuperación del territorio, la organización propia, organización política: cabildo y la pervivencia y recuperación de la vida indígena

**Palabras clave:** Resguardos indígenas; San Lorenzo (Riosucio- Caldas), disolución, movimiento indígena, colonización antioqueña, memoria, tradición oral.

## SUMMARY

The narrative is constructed with the memory that the indigenous Elders of San Lorenzo (Riosucio- Caldas) have about the history of dispossession of territory and the struggles for the indigenous organization, the territory, the reserve and the “cabildo”. This text is structured in two chapters: the first one, “El Gran Revolcón” that gives account of intrinsic relation between the disolussion of the indigenous reserve, the Antioquian colonization and coffee economy in Riosucio with the dispossession of lands of the reserve, and the social and cultural extermination of the indigenous population in San Lorenzo. The second one, “Prendiendo la Llama” is the development of the political organization of the Elders in the social and peasant’s movement and their struggle for the

recuperation of the territory, of the indigenous social and political organization with the “Cabildo” and the survival of the indigenous ways of life.

**Keywords:** Indigenous Reserve, San Lorenzo indigenous Reserve (Riosucio- Caldas), dissolution of indigenous reserve, indigenous movement, Antioquian colonization, oral memory, oral history and tradition.

La lista de personas que participaron en la lucha y que sufrieron el despojo territorial es interminable, pero quiero dar a conocer algunos de los nombres más destacados y que ya han fallecido: Francisco Betancur, Sebastián Barbosa, Celedonio Blandón, Las hermanas Bueno de Honduras, Las hermanas Largo de Costa Rica, Jesús Antonio Gañan, Berenice Gañan, Gonzalo Bueno, Clímaco Marín, Juan de dios “Catalano” y Gilberto Motato. Hernán Marín hijo de Clímaco y Hermano del líder Darío Marín que se encuentra desaparecido desde 1987. A ellos este trabajo y mi más profundo respeto.

Por fortuna aún hay mayores que aún atizan la hoguera desde sus hogares, comunidades y diferentes procesos organizativos como: José Silvio Tapasco, Benjamín Tapasco, Noel Montenegro, Hermelina Bueno, Mariela Bueno, Ovidio Gañan, Hernán Zuleta, Jairo Omar Gañan, Josefina Aricapa, Darío Bañol, Pastor Gañan, Darío Marín, Boanerges Bueno, José Santos Bueno, José Rómulo Gañan Melchor, José Rómulo Gañan Aricapa, Amparo Gañan. A todos ellos, los que nombre y no nombre mi respeto, cariño y este trabajo que es el inicio de la escritura de *la historia del pueblo que se niega a desaparecer*.



*En memoria de quienes entregaron su vida en la lucha por la recuperación del territorio y el cabildo y de quienes aún están atizando la hoguera para que la llama de la lucha organizativa por la defensa del territorio y la pervivencia de nuestro pueblo no se apague.*



El mayor Benja prendiendo la hoguera.  
**Fuente:** Elaboración propia, junio de 2015



El mayor Silvio Tapasco contando los inicios de la lucha.  
**Fuente:** Elaboración propia, diciembre de 2016



El mayor Benja riéndose de las tristezas mientras recuerda cuando era un *analfabeto político*.  
**Fuente:** Elaboración propia, diciembre de 2016



La mayora Berenice Gañan y el mayor Benjamín Tapasco en la sede del Cabildo San Lorenzo.  
“Bere riendo de los chistes serios de Benja”.  
**Fuente:** Colección personal Janeth Tapasco, 2010.



El mayor Boanerges Salazar y su hijo Dionisio en la Asamblea de Cabildo.  
**Fuente:** Elaboración propia, julio de 2017.



El mayor Darío Marín en Cabildo  
Comunitario.  
**Fuente:** Elaboración propia, mayo de 2017.



La mayora Hermelina Bueno y su esposo el mayor Ovidio Gañan.  
**Fuente:** Elaboración propia, enero de 2017.



Mayora Mariela Largo y su hija Yenny.  
**Fuente:** Elaboración Propia, julio de 2017.



Mayor Pastor Gañan y su “reque más reque” “requinto”  
**Fuente:** Elaboración Propia, febrero de 2017.



Mayores José Rómulo Gañan Melchor y José Rómulo Gañan Aricapa.  
**Fuente:** Elaboración Propia, febrero de 2017.



Yenny, Edith y Nachito, siguiendo el camino tras los pasos del caballo del mayor Benja  
**Fuente:** Elaboración propia, febrero de 2016.

## INTRODUCCIÓN

De mi participación en los grupos de jóvenes que fueron impulsados por el cabildo, y con los solidarios que apoyaban los procesos organizativos desde el 2008, recuerdo fehacientemente que los *mayores* evocaban sus historias y las de sus antepasados con dolor al recordar el despojo territorial sufrido a partir de 1900 cuando llegaron los primeros misioneros y antioqueños, la disolución del resguardo y el cabildo, en 1943, y la represión que sufrieron desde los años 70s cuando alzaron la cabeza gacha al patrón y los gamonales políticos.

Los mayores se unieron a los diferentes sectores sociales y populares, que históricamente habían sido mera fuerza de trabajo, para abanderar reclamos justos de los resguardos y los derechos especiales para la pervivencia de los pueblos indígenas. La lucha central fue la recuperación de la tierra, los resguardos y los cabildos que desde el siglo XIX se habían empezado a perder con la ampliación de la frontera agrícola y minera en el país.

El mayor con más renombre en San Lorenzo y el movimiento indígena en Caldas es el mayor Silvio Tapasco Aricapa, fue el ideólogo de la organización de San Lorenzo estando en los procesos de Radio Sutatenza, la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos -ANUC- y el movimiento indígena, y lidero la recuperación del cabildo y el resguardo, convocó y unió a los mayores indígenas que hicieron parte del antiguo cabildo o eran líderes comunitarios o caciques, a los jóvenes y las mujeres.

El interés por buscar comprender las historias del mayor Silvio me condujo a conocer otros de sus compañeros de lucha como Benjamín Tapasco, Hermelina Bueno, Ovidio Gañan, Darío Marín y Boanerges Salazar. Hoy, con mucho cariño, ofrezco mi mayor respeto porque su vida ha sido la lucha y la organización. Otros mayores, por su avanzada edad, ya han fallecido, o, por la persecución paramilitar, se encuentran desplazados, desaparecidos o asesinados y no tuve la fortuna de

conocerlos. Son pocos los mayores indígenas que viven para contar el cuento y hablar desde su piel curtida por el sol, solo en la memoria de sus compañeros y en la de las generaciones mayores y adultas de nuestro pueblo se conservan sus luchas y penurias, porque en la sociedad mestiza, blanqueada y racializada de Riosucio y Caldas, los indios aún son de barro.

Fue un trabajo personal de grabar sus historias en mi cabeza y en grabadoras; fueron horas de conversación por los caminos, alrededor del fuego, en las reuniones, en los recorridos por el territorio, acompañando la siembra y los quehaceres domésticos, las que me han permitido aprender. Nunca imagine hacer este ejercicio de escritura en el marco de mi trabajo de grado. El fallecimiento de la mayora luchadora y partera Berenice Gañan Hernández y el del mayor líder Jesús Antonio Gañan, durante estos últimos 4 años me generaron un dolor profundo debido a que las generaciones más jóvenes desconocen sus conocimientos, experiencias e historias, y temí que las de los otros mayores les sucediera lo mismo.

Me sentí muy insegura de escribir este trabajo por su carácter personal y por la responsabilidad de hablar de otros y más de los mayores que he conocido y de mí pueblo. Gracias a la música, las historias y las confrontaciones de Luis Guillermo Vasco me incentivaron durante estos años de carrera a seguir caminando con los mayores y aprendiendo de sus luchas, seguí aprendiendo más de ellos, pensando y mascullando la forma de escribir, las herramientas y métodos antropológicos. Otro amigo entrañable fue el profesor de antropología Andrés García, diciendo: “se están muriendo los mayores y no lo podemos evitar, ¿y entonces...?”; también me movió la pasión de los *San Lorenceños UdeA* y la de los jóvenes de las *Escuelas Propias* por conocer la experiencia de los mayores en su trabajo con la comunidad; todo eso me impulsó a tomar la decisión de reconocer este camino, para darle sentido, orden y coherencia a estos años de aprendizaje.



A finales del 2016 tome la decisión de escribir las historias de vida de los mayores, pensando escribirlas, para lo que me dieron un poco de luz los trabajos de Miriam Jimeno (Jimeno, 2006) y Lorenzo Muelas y Martha Urdaneta (Muelas, 2005). En un marco general Jimeno expone que durante décadas se ha cuestionado la historiografía tradicional porque no le da lugar a la historia social de los sectores oprimidos y menos a las historias de vida de los pueblos indígenas, en donde la principal fuente es la historia oral y tiene un importante papel en el presente, porque no solo hablan para sí mismo, sino que “le habla a otro con el que se han generado rupturas, confrontaciones, dependencia y subordinación” (Jimeno, 2006: 44). Señala también que las historias de vida se implementaron en Estados Unidos con ánimo conservacionista de las tradiciones perdidas o en vía de exterminio, dando cuenta de aspecto sociales.

El trabajo de Jimeno recoge la autobiografía de Juan Gregorio Pelechó para dar cuenta de su participación política y la afirmación de su etnicidad, e inicia contextualizando estos dos elementos y la importancia de la selección de su método. Plantea que la particularidad de la vida de Pelechó es no tener, “líneas de demarcación entre sistemas tradicionales de pensamiento y las influencias más generales de la sociedad nacional” (2006:58). Su trabajo procura mantener el relato como fue presentado, ya que considera que la narrativa es más profunda y da mayor significado a su vida y permite mostrar la interpretación dinámica de su pasado.

En cambio, La fuerza de la gente de Lorenzo Muelas con la colaboración de Marta Urdaneta (Muelas, 2005) une los recuerdos del líder Misak Lorenzo Muelas sobre la terrajaría y la vida del indio en la feudalidad en pleno siglo XX; sus experiencias personales y las de mayores con los que ha conversado nos permiten comprender la cosmovisión de los misak, sus orígenes y la problemática social sobre la tierra. La vida de taita Lorenzo cobra sentido, no en sí misma, sino en la exposición gradual, si se quiere lineal, del pensamiento, la vida social, tradiciones, opresión y resistencia del

pueblo misak, complementado y unido con relatos de otros Mayores y fuentes documentales y el uso de categorías económicas para dar cuenta del problema de la tierra, la terrajaría, el despojo y las formas de producción propias.

El Solidario Luis Guillermo Vasco para escribir hizo un trabajo de recorrer el territorio, dialogar y discutir con los mayores sobre las relaciones con la tierra y el territorio y replantear los métodos antropológicos (Vasco, 2002:690-706), así logro madurar el trabajo de campo y los métodos antropológicos proponiendo el método de recoger los conceptos en la vida, que consiste en aprehender las historias, explicaciones, significados y conceptos, pero, lo más importante, participando en la lucha solidaria con los indígenas (Vasco, 2010). Intenté hacerlo, incluso me lo planteé en la estructuración del proyecto, solo que aún falta mucho por aprender al lado de los Mayores y no he logrado aún recoger los conceptos-cosas en que se expresan los conocimientos y creo que es porque para quién escribo y los objetivos de mi escritura son diferentes.

La clave estuvo en un comentario personal: “¡Pregunta a los mayores por sus vidas!” varias veces me respondió Luis Guillermo cuando intente preguntar por el “contexto” de algunas de las historias. Nunca paré de preguntar a los mayores por sus vidas y es por ello que terminé escribiendo este trabajo así. Recurrí a la narrativa porque, como bien él lo planteó, la historia oral “implica relación directa y personal entre quien habla y sus interlocutores” porque estos “comparten elementos contextuales” (Vasco, 2002:721). Cuando caminaba con ellos lograba entender e imaginar sus palabras, pero cuando contaba sus historias no era igual, yo no las había vivido. Pero intenté hacer el ejercicio de escribir sus momentos, las historias que tanto los marcaron y que consideran importantes para que los jóvenes, la Comunidad y la sociedad las conozcan, recreando los escenarios, palabras y momentos.

No pude hacer una historia de vida, ni un compendio de historias de vida porque la vida de los mayores ha sido la lucha colectiva, y, constantemente, en sus relatos los mayores me remitían a otros mayores, diciendo: fulanito fue el que empezó esto, él fue el que nos visitó, “¡ah!, no, es que ella fue la que dijo esto y organizó a las mujeres”, etc., etc. La historia de los mayores es la historia de un pueblo, como lo ha dicho el mayor Silvio *“la historia de un pueblo que se niega a desaparecer”*. Fue por ello que tome la decisión de escribir sus historias no como historias de vida, sino como la historia de un pueblo, la memoria de un pueblo que tiene vivencias, problemáticas, tristezas y alegrías que la construyen día a día.

Consideré pertinente unir los relatos de los mayores, porque presentarlos de manera aislada no permite comprender la lógica y coherencia entre sus relatos, debido a que sus vidas siempre se encontraban en los relatos y en la vida cotidiana y por la ruptura que genera la escritura del lenguaje oral. Por ello hice un trabajo de síntesis de la memoria y vidas de los mayores Silvio Tapasco, Benjamín Tapasco, Boanerges Salazar, Hermelina Bueno, Ovidio Gañan, Mariela Largo, José Santos Bueno, José Rómulo Gañan Melchor y José Rómulo Gañan Aricapa.

Todo el contenido que se presenta es el conocimiento de los mayores y sus experiencias, como los análisis políticos sobre los movimientos sociales de la época con las fuertes críticas a la ANUC porque ellos fueron quienes iniciaron en ella y tomaron la decisión de dividirse. En suma, es su comprensión de la realidad, son sus análisis políticos debido a que fueron personas que estudiaron, se forjaron en la lucha y la organización y se relacionaron con movimientos sociales progresistas. Mi papel solo cumple la tarea de organizar los relatos, contextualizar y concatenar los momentos que estaban viviendo juntos.

Las épocas que expongo están comprendidas especialmente entre 1940 y 1980; tome la decisión de hacer una pausa en la escritura a finales de los 80s, debido a que las formas de lucha cambiaron

después de los 90s con el reconocimiento constitucional, en 1991, cuando las formas de lucha se institucionalizaron y legalizaron y, muchos de los que emprendieron la lucha, pasaron a ser relevados generacionalmente porque la persecución paramilitar los obligó a desplazarse, los desapareció y asesinó y, otros, simplemente pasaron a ser funcionarios públicos y líderes políticos dentro de las estructuras del estado.

Este trabajo tiene dos temas centrales: despojo de tierras y recuperación territorial que se exponen en dos capítulos: el gran revolcón y prendiendo la hoguera. El primero da cuenta, a través de fuentes escritas secundarias, de la minería que se empezó a revitalizar desde finales del siglo XIX en Supía, la ampliación de la frontera agrícola hacia los resguardos de Supía y Riosucio; y, a través de la memoria oral de los mayores, que aunque estaban aún niños o no habían nacido son hechos que se transmiten fuertemente en la historia oral por su relevancia, del ingreso del café al resguardo indígena de San Lorenzo de la mano de los curas, la disolución del resguardo, el ingreso de la maquinaria civilizatoria del estado y el cambio de tenencia de la tierra.

El segundo capítulo es la lucha por la tierra, que inicia con la participación de los mayores en la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos -ANUC-, la organización comunitaria, las tomas de tierra en Supía, la recuperación de las tierras que estaban en manos de la iglesia en San Lorenzo, la reorganización del cabildo y la comunidad y la búsqueda de titularidad del resguardo. Y son las historias y memorias de los mayores.

## I. EL GRAN REVOLCÓN

### **Colonización y minería**

La colonización de los distritos del norte del Cauca conformados por Marmato, Supía, Quinchía, Guática, Arrayanal (hoy Mistrató), Anserma y Riosucio, de acuerdo con Nancy Appelbaum (2007) no se ajusta a los modelos clásicos de colonización, ni siquiera en forma superficial, al modelo “clásico” de colonizadores pioneros de la “selva virgen”, porque la “migración antioqueña y desmembramiento de los resguardos” están interrelacionados y no deben entenderse por separado (p. 92). Nancy Appelbaum (2007) y Albeiro Valencia (2013) en sus estudios han develado que en Caldas las elites locales del sur de Antioquia y el viejo Caldas promovieron la ampliación de la frontera minera y agrícola hacia los territorios que eran de propiedad pública e indígena y los empresarios mineros y los comerciantes presionaron a los terratenientes y se aliaron con las elites políticas para disolver los resguardos y hacer posesión con la colonización de campesinos -que en muchos casos eran pobres- de lotes que poseían títulos dudosos, podían ser maleables con artificios jurídicos y/o estaban abandonados por el Estado.

La invasión de tierras por campesinos provenientes de Antioquia, y la expansión minera y agrícola de los empresarios (hacendados, comerciantes y dueños de minas), en los resguardos de la provincia de Anserma durante el siglo XIX y principios del siglo XX sólo parecían rumores en la Provincia de Anserma. A partir de las historias de vida de los mayores, puede comprenderse que, para la sociedad mestiza y la elite caucana, los “indígenas” solo les eran interesantes en cuanto servían para la servidumbre, de ellos solo sabían que eran “perezosos” y “borrachos” y su interés giraba en torno a sus riquezas que se incrementaban; toda la región era feliz, menos quienes trabajaban en las minas y haciendas.

La “colonización” según Gonzáles (1998) inicio desde el siglo XVIII en los resguardos de la Montaña y en Cañamomo Lomaprieta y Cauromá desde el siglo XIX; como rondas de hormiga en invierno entraron a los resguardos campesinos antioqueños, invadieron los terrenos de Benítez, Peñol, Roldán o Panderón, Arenal, Aguacatal, Cerro Loaiza, Mandeval, Chaburquí, Morga, La Soledad, La Trina, el Oro, El Rubí, La Línea, La Quinta., entre otros (pp. 277-285). Complementando con Appelbaum (2007) los primeros migrantes, colonizadores antioqueños que se asentaron provenían de Andes, Támesis y Jardín (p. 94). Algunos antioqueños lograron grandes extensiones de tierra por medio de titulación, por ejemplo, la autora cita un informe del agrimensor Manuel María Hoyos que llevo a medir varias parcelas de 143,5 hectáreas (pp. 109- 110).

En San Lorenzo la “colonización” propiamente dicha se dio después, solo se presentó una invasión de quiebralomeños a principios del siglo XIX. En la recopilación de títulos que realiza Luis Javier Caicedo (2009) enuncia que las demandas no surtieron, porque el título del resguardo que reposaba en Anserma fue quemado en la elaboración de cartuchos de pólvora durante las guerras de independencia. Juan de la Cruz Ándica tuvo que desplazarse hasta Bogotá para que la demanda tuviera efecto con la expulsión de los quiebralomeños y la reconstrucción del título de propiedad que había sido entregado en 1627 por el oidor Lesmes de Espinosa y Saravia (p.85-99)<sup>1</sup>.

Los trabajos de Gonzales (1998) anotan que en Supía les ayudaron los notarios, abogados, comerciantes y terratenientes y se apoderaron legalmente de los lotes. Una de las formas más frecuentes usada por los campesinos y los latifundistas fue el alquiler de lotes para sembrar, y la de los abogados, de acuerdo con Appelbaum (2007) ser “apoderado de indios”, así sacaban divisas alquilando, vendiendo y comprando tierras de los resguardos (p. 120). En Riosucio las elites

---

<sup>1</sup> Documento número 6. Título de propiedad del resguardo indígena de San Lorenzo de 18 de marzo de 1836, reconstruido ante la pérdida original, por gestiones de la parcialidad ante el juez de Supía y de Juan de la Cruz Ándica ante el presidente Francisco de Paula Santander. Escritura N°506 de 1920. Puede consultarse en Caicedo, 2009, pp. 85- 99.

valorizaron las tierras, se apoderaron de los territorios indígenas y aprovecharon la pobreza para acceder a mano de obra indígena y campesina barata para restablecer la economía de la región a la nacional con la exportación de café y oro (Appelbaum, 2007; Zuluaga, 2006).

Para ejemplificar, en los trabajos de Gonzáles (1998), Appelbaum (2007) y Vinasco (2011) se evidencia que funcionarios como el Notario de Supía quien ayudaba a mediar los pleitos a bajos costos y al parecer desinteresadamente, cerraba los casos de pleitos de tierras y deudas, con los “indios” sin tierras, los campesinos como arrendatarios y con parte de los lotes, y el Notario con dinero y los mejores lotes de tierra. Así, las tierras más cálidas y fértiles, las que bajaban al Cauca y pertenecían al gran resguardo de Cañamomo Lomapieta y Supía pasaron a ser de comerciantes, funcionarios y políticos (Escobar, 1998; Appelbaum, 2007; Vinasco, 2011).

De acuerdo con la información proporcionada por Gonzáles (1998), Supía en 1870 estaba conformada con 10 secciones: Arenales, Sevilla y el Peñol, Obispo, Guamal, Rodeo, Pirgura, Centro, Murillo, San Lorenzo y Arquía y/o Hojas Anchas<sup>2</sup> (p. 299). En los relatos que aún conservan los mayores cuentan que las sección o *comunidad* tenían “camino que los conectaba y guiaba hacia Supía”, de ellos se veían bajar y subir personas de todos los colores, “sobre sus hombros, los lomos de los caballos y los canastos colgados de la frente: panela, chirrinchi, ron, maíz y frijol. Decenas de familias llegaban al pueblo para vender o intercambiar sus productos y recibir la paga del trabajo de las haciendas, recibían la paga, entraban a la iglesia a agradecerles a sus patronos o patronas y corrían nuevamente hacia las montañas en donde se resguardaban del látigo de los hacendados.

Los negros, a veces, envidiaban la dicha del “indio”, porque en vez de paga ellos recibían el látigo de los patronos y los mayordomos. Los trabajos de historia, especialmente los de Gonzáles (1998) y Gärtner (2005) hacen referencia a la familia esclavista Moreno de la Cruz del pueblo Guamal,

---

<sup>2</sup> Puede verse en su trabajo el mapa: División Territorial del distrito de Supía, 1870, elaborado por Luis Fernando Gonzales Escobar (1998), a partir del Censo de 1870 (AGN) y con base cartográfica de 1983 (IGAC).

referencian a Sebastián de la Cruz y Simón Pablo Moreno de la Cruz por ser drásticos, especialmente como a las mulas en los establos y, cuando algunos osaban protestar, pasaban la noche amarrados con cadenas y con su cuero ardiendo del látigo.

La zona estaba quebrada, pero estaba en auge la inversión inglesa en el marco de las guerras de independencia. Desde 1825, la casa de Goldschmidt y Cía. había tomado en arrendamiento las minas de oro y plata abandonadas en Marmato y la Vega de Supía, compradas por intermedio de Juan Bautista Boussingault, ubicadas en Alto del Guamo, La Montaña, Quiebralomo, La Vega de Supía y Marmato. Las tierras compradas por los gamonales políticos criollos eran entregadas en alquiler a campesinos para producir los artículos de subsistencia, formar hatos de ganadería y sacar madera para Marmato, Quiebralomo y la Vega de Supía (Herrera y et al, 2012:19, 49).

### **Hecha la ley, hecha la trampa**

En 1873 se expidió la ley 44 del 25 de octubre, sobre “la administración y división de los resguardos indígenas”, bajo el argumento de poner fin a los pleitos entre colonos e “indígenas”, ocultando de esta manera “los intereses políticos y terratenientes que desde tiempo atrás buscaban apropiarse de los terrenos indígenas” (Appelbaum, 2007: 94). Riosucio y Supía hacían parte del gran Cauca y la tarea de división de los Resguardos y despojos de tierra de esta seccional le fue delegada al abogado Ramón Elías Palau. En la memoria oral se le recuerda al “apoderado de indios” como negociante de los terrenos que “liberaba”, el mayor Silvio, cuenta que:

[...] a los “indios” les cobraba sumas de dinero casi imposibles de imaginar por redactar un papel que decía que un pedazo de tierra le pertenecía a alguien y por ponerle un sello y una firma. Nadie entendía lo que decía el papel y menos que la tierra le pertenecía a alguien, porque era costumbre de hacendados y blancos.



El dinero del indio y la voluntad del abogado solo permitían adjudicaciones de lotes con rozas no superiores a 100m<sup>2</sup>, en la labor de Palau en Supía, entre 1878 y 1885 fueron adjudicadas 4.000 ha y fueron repartidas entre los funcionarios de Supía: 328 ha (7%) se le adjudicaron al personero, 1.730 ha (39%) al procurador y 2.333 ha (54%) al administrador y después estos funcionarios los negociaron con empresarios mineros (Gonzáles, 1998: 279- 283). El “apoderado de indios”, según Appelbaum (2007), rápidamente se convirtió en jefe de la provincia de Toro y en acaudalado dueño de tierras, pero su dominación duro hasta 1880, cuando los indios de la Montaña, cansos de sus abusos hicieron la insurrecta contra Palau y lo sacaron del pueblo a fusil (pp. 156-158).

Después de 1886, los problemas se agudizaron, como bien lo demuestra Appelbaum (2007), la Constitución convirtió a los “indígenas” en *súbditos coloniales* bajo el dominio de la iglesia y ordenó disolver los resguardos en toda la república. La autora puntualiza que la hegemonía conservadora le otorgo más poder político a la estirpe conservadora de Riosucio para que controlaran la región, y reprimió, aisló y dejo en la miseria a las chusmas negras de Marmato y los liberales de Supía.

El mayor Silvio, recuerda que:

[...] el cabildo de San Lorenzo tenía conexión con los conservadores, y previendo que la reforma liberal sobre disolución le iba a traer daños casi irreversibles, generaron presión por la vía del hecho y legal para que se creara un Concejo de indígenas, una Comunidad según el Código Civil, para que fuera éste quien mantuviera a raya los intereses divisorios del resguardo.

Producto de ello obtuvieron la escritura 093 del 12 de agosto de 1889 la Escritura señala que en el territorio vivían “indígenas” y que querían seguir explotando el territorio comunitariamente, sin intromisión de colonos, tal cual la norma de los resguardos.<sup>3</sup> Dice el mayor:

[...] que la vigencia de los resguardos tuvo un plazo de 50 años y que los caciques de San Lorenzo empezaron a tener padrinazgo político de los conservadores, a tal punto que la Escritura fue influenciada por ellos y San Lorenzo a principios del siglo XX paso a la administración de Riosucio como Corregiduría o Corregimiento bajo el título de la iglesia.

Riosucio se creó el 7 de agosto de 1819 como unión de dos pueblos en disputa: La Montaña que era de indios bajo la tutela del cura José Bonifacio Bonafont, especialmente los de Pueblo Viejo y una minoría blanca y Quebralomo que era de indios raizales bajo la tutela de José Ramón Bueno. Perteneció al cantón de Supía hasta 1863 y luego a Caldas como municipio en 1905. Riosucio estaba conformado caucanos mercaderes e indígenas y zambos de la Montaña, Quebralomo y Cañamomo y por migrantes antioqueños que se asentaron en estas regiones provenientes de Andes, Támeis y Jardín, promovidos y representados por Ramón Palau (Appelbaum, 2007: 93).

### **Sembrando café para pagar penitencias**

Los mayores escucharon hablar del cura Gonzalo Uribe Villegas cuando estaban pequeños y cuentan que “él fue uno de los primeros curas permanentes que tuvo el pueblo y el primero que hizo sembrar café”. La demanda de café estaba en alza, fue un buen negocio y la elite mercantil estaba dichosa.

---

<sup>3</sup> La escritura puede consultarse en Documento 7: Escritura N° 93 de 1889, por la cual se conforma la comunidad civil de San Lorenzo y se crea un consejo de indígenas, en prevención a los efectos de la Constitución de 1886. Luis Javier Caicedo, 2009, pp. 100- 115.

El mayor Benjamín dice que “los que tenían hacienda podían sembrar el arbusto y contratar jornaleros, y los que no, aprovechaban de la compra del grano y de su comercio y/o exportación”.

Hoy poco suena, solo en rituales, pero dice el mayor Silvio que:

El caracol de mar sonaba todos los días al sol naciente, los cerros eran guardianes de cada pueblo y eran visitados en luna llena, sonaban flautas, cuernos y tambores, bailaban con sus ancestros y tomaban chicha con plantas para que se quedaran con ellos en la gran luna en los primeros días de mayo. Cuando la luna no brillaba y las estrellas se podían ver en toda su amplitud, se buscaba en el cielo las respuestas a las preguntas sobre la vida y la naturaleza.

Los mayores cuentan que “cura tras cura castigaban severamente y, como todos sus antecesores, Uribe solo veía rocas e “indios” que subían a rezarle al diablo”, a quién más, sino entendía la relación profunda que había entre la tierra, los pies, la cabeza, la naturaleza y el cosmos” que durante siglos sus mayores habían construido. Los mayores hoy jocosamente dicen que el cura decía: “- Que dios los perdone, pobres gentes, andaban casi que desnudas, pero no tenían con qué comprar ropa”. La ignorancia del cura, solo le permitía acercarse con desprecio y lástima, pero no quería fuetear más, ya era suficiente, seguramente “pensó que sembrar café nos iba a salvar de los pecados y que, a su familia, amigos y a Riosucio los iba a sacar de la pobreza”.

Según el relato del mayor Silvio, en algún

[...] domingo de 1910, muy temprano sonó un Cuerno o un Caracol, replicaba en todas las montañas, enviando la orden de bajar a misa. La fuente de agua que estaba en frente de la plazuela se inundaba de pies morenos, anchos y embarrados, de todos los tamaños y edades, después de limpios corrían apresurados entrapados de agua hacia la iglesia. Era la primera vez que había cura permanente, porque todos llegaban a oficializar la misa en una pequeña ramada y se volvían, en cambio el sacerdote José Gonzalo Uribe Villegas se presentó

diciendo que iba a vivir allí para llevar el mensaje de dios a todos los infieles. Sus penitencias no fueron más cepo, sino siembra de café, cada feligrés debió cuidar el cafeto como su propia alma para poder ser salvados de los pecados. Aunque dependiendo la gravedad y la reincidencia de los pecados, debía trabajar además en los dragados del río, en la ladrillera de la iglesia, en las carboneras de la montaña y en las obras públicas del país, como lo decidiera en conjunto con el Corregidor.

Al salir de misa, el Corregidor con sus Alguaciles los convocaban a gritos en la plazuela y amedrentándolos los organizaba en filas. Sonaba su voz como estruendo que infundía respeto por temor. Dictaba las órdenes: bajar las maderas más finas para la construcción de la iglesia, la casa cural, la cárcel, la ladrillera, los entables de mulas y las tiendas de la iglesia; mantener los caminos empedrados y bien acuñados; y mantener la cuota de alimentos para el sostenimiento de la iglesia y la Corregiduría. Todos los que iban siendo doctrinados acogían a una santa o un santo patrón, le otorgaban un lote de tierra lo sembraban de cafetos y productos de pan coger y llevaban todos los productos a la iglesia. Aunque la gran mayoría no obedecía. Subían al cerro, usaban las plantas para cobrar venganzas y conservaban figuras de madera que eran, según el cura, del demonio. Obligaba a pagar penitencia a quienes subían al cerro, que consistía en subir nuevamente arrodillados y sembrar café en sus lotes. Rápidamente el territorio se fue llenando de arbustos, vaciando de conocimientos tradicionales e inundando de indios adoctrinados.

Después de instalado el cura, los González y Los Trejos empezaron a llegar de Antioquia a San Lorenzo, construyeron ranchos cerca de la curia, abrieron tiendas para vender mercancías y comprar café y establecieron un tren de mulas que comunicaba con Medellín (Appelbaum, 2007: 284). El comercio prosperaba para los antioqueños, el mayor Benjamín cuenta que:

[...] las mercancías se intercambiaban por dinero, pero nadie conocía tal cosa y muchos terminaban comprando a cambio de lotes de tierra. El dinero se empezó a conocer en forma de préstamo, a cambio de trabajo y pago adelantado de cosechas de maíz y frijol. A veces el café funcionaba como moneda, entraban a sus tiendas a fiar mercancías y alimentos y en la temporada de cosecha llevaban el café para saldar las cuentas, así todas las cosechas permanecían embargadas y las deudas no se saldaban en su totalidad, porque el valor del café lo manejaban los compradores, pero las deudas siempre terminaban pagándose con tierra.

Las mujeres indígenas fueron enamoradas por antioqueños pobres, que terminaron estableciéndose en los lotes de las familias de sus esposas, con tiendas y adquiriendo lotes con más facilidad. Aunque estaba prohibido para las mujeres casarse con un interino o un no indígena de afuera del resguardo, para las mujeres estar con alguien de afuera, con otro apellido, blanco, era ascenso social, sus hijos podían ir a las escuelas y no recibirían los tratos por tener rasgos y apellidos “indios”. Y la iglesia y los conservadores pusieron en funcionamiento las primeras escuelas, todos estaban felices construyendo los pupitres para sus hijos con las mejores maderas, para recibir a las maestras, y recolectaban dinero para pagar cada hora de enseñanza.

### **La desaparición de los resguardos**

Ávila (2005) sostiene que en los años cuarenta el café sostenía la economía nacional, era el nuevo oro, generaba más renta, y Caldas estaba entre los tres departamentos con más producción de sacos de café; no se sustentaba en un sistema de hacienda, sino en pequeños minifundios de campesinos<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Según Jesús Antonio Bejarano, se debió a la pequeña producción parcelaria que representaba el 90% de la producción cafetera del total y al tipo de asentamiento de la colonización antioqueña que era de pequeñas unidades familiares productivas y con rasgos mercantiles. La producción parcelaria permitió separar los procesos de producción, en productores, comerciantes y exportadores y suprimió el pago monetario, bajando los costos de producción y aumentando la productividad gradualmente. La producción cafetera de Caldas, en conjunto con Antioquia y Valle del Cauca para 1932 a nivel nacional representó el 57% de la producción. En el modelo de haciendas los costos de producción eran muy altos, solo el pago de jornales representaba el 55%. (Bejarano, 2015: 168-170).

y los costos de producción no se sobrecargaban a los sacos de café que compraban los comerciantes, porque ellos imponían los precios según los precios de venta en el extranjero. El éxito estaba en el secreto, el mismo de la economía capitalista: mayor explotación o provecho del trabajo de los obreros/jornaleros y reducción máxima de los costos de producción.

Los mayores Silvio Tapasco y Benjamín Tapasco dicen que:

[...] todos eran pequeños propietarios de su tierra, hasta en los resguardos, cada familia tenía un lote que el cabildo le dio o que tomaban porque no había un propietario, no obstante, no eran familias nucleadas sino extensas y el trabajo era colectivo. Los antioqueños y la elite caucana se fueron apoderando del comercio, desarrollaron empresas, construyeron vías e infraestructura con las rentas y préstamos.

Los políticos tenían divisiones por el control del monopolio económico y político, que a veces desencadenaban batallas campales en los pueblos y campos entre conservadores y liberales.

Los únicos puntos de encuentro<sup>5</sup> fueron los resguardos, ha ambos partidos les parecía que obstaculizaban la desenfrenada producción. A partir de las lecturas de los autores en mención he encontrado 5 puntos críticos para esta clase social: 1) la propiedad colectiva era un atraso, 2) los pleitos de tierra entre campesinos e “indígenas” eran interminable y no conciliaban, 3) la elevada población “indígena” concentrada en resguardos, 4) la necesidad de trabajadores en los latifundios de café y pequeña empresa que empezaban a crecer y 5) los impuestos elevaban la riqueza de la renta pública de los municipios.

Los liberales subieron al poder y, con ellos, el régimen conservador de Riosucio pasó al patio trasero de la política del pueblo, el mayor Silvio precisa que “los que eran descendientes de alemanes y franceses eran más liberales, como los Gartner que ostentaban el poder electoral, el monopolio

---

<sup>5</sup> Estos 5 puntos son una aproximación propia a partir de las lecturas de las fuentes citadas.

intelectual y comercial”. Conservadores y Liberales estuvieron de acuerdo con la disolución de los resguardos y que nuestras sociedades “indígenas” fueran asimiladas por la sociedad mestiza regional. En el período conservador se creó la ley 19 de 1927 sobre la disolución de los resguardos y en el período liberal bajo la presidencia de Eduardo Santos se empezó a llevar a cabo. La tarea fue competencia del Ministerio de Economía nacional y estuvo a cargo del riosuceño Jorge Gartner, él desde 1939 expuso sobre los “resguardos de indígenas” que:

“ (...) Esta institución derivada de la Colonia y mantenida con escasas modificaciones por la República, presenta en el estado actual del país serios inconvenientes a su desarrollo agrícola; la división de grandes resguardos donde los indígenas han adquirido capacidad para el manejo de explotación de la tierra, es en concepto del Gobierno una medida de carácter trascendental que sacará del estancamiento económico grandes regiones propias para la agricultura y colocadas hoy fuera del comercio, desprovistas del crédito, a causa de la comunidad (...) El problema es principalmente grave en Cauca y Nariño (...). En el departamento de Caldas hay regiones de plena vida civilizada aún sometidas por este régimen y detenidas en su progreso (...)”<sup>6</sup>.

Cuenta el mayor Silvio, que en Riosucio se escuchaba “¡Un riosuceño es ministro!, todos estaban orgullosos: Jorge Gartner era Ministro de Economía Nacional”, aun en los cafés, como los “Arrayanes”, es leyenda. Lo cierto es que como señalan los mayores, especialmente el mayor Silvio quien se ha dado la tarea de hacer investigación con fuentes escritas, él fue uno de los que propicio con “el exterminio de los resguardos de Caldas” en el siglo XX.

Revisando el expediente sobre la disolución del Resguardo San Lorenzo en el Archivo General de la Nación de Colombia, noto que el ministro Gartner inicio en esta región y comisionó al abogado

---

<sup>6</sup> Tomado de *Memorias al Congreso* de 1939, por Jorge Gartner de la Cuesta, Ministro de Economía Nacional.

Adolfo Romero B., para que levantara la documentación para la división sobre el Occidente del departamento de Caldas. El abogado pidió conceptos e información a los alcaldes, me referiré sólo al de Riosucio J. Olimpo Morales para evidenciar su interés por la disolución, en la mayoría de los documentos señala que con “entusiasmo” recibe tal acto y a la Comisión divisoria, en agosto de 1939 enunció que le “parece provechoso” y es de “interés para el municipio” porque según él, los “indígenas” de Riosucio ya están “civilizados”, la privatización de la propiedad aumentaría la riqueza pública y se acabarían los pleitos de “indígenas con “los propietarios” así estos podrían dedicarse al establecimiento y fomento de empresas<sup>7</sup>.

El abogado después de pedir conceptos y revisar el estado de tierras, titularidad y pleitos de los resguardos concluyó el 29 de septiembre de 1939 entre otras cosas que:

“(…) a) Se impone la división de los Resguardos del Occidente del Departamento de Caldas, a saber: “San Antonio de Chamí en Mistrató; “Santana” en Guática; “Quinchía” en Quinchía en el municipio del mismo nombre; “San Lorenzo”, “La Montaña” y “Cañamomo y Lomaprieta” en Riosucio.

b) Debe principiarse por el Resguardo de “San Lorenzo”, ubicado en el municipio de Riosucio, por estas razones: Porque su división la reclaman los parcelistas; porque es el que menos tiene problemas pendientes; porque el Municipio citado es el que más necesita esta medida, dada su importancia; y porque la división de este Resguardo puede encauzar la de “Cañamomo” y “La Montaña”, que fueron de concepto adverso<sup>8</sup> (…).”

---

<sup>7</sup> AGN. Archivos Oficiales, Ministerio de Gobierno. (1939-1943). Resguardo de San Lorenzo, Municipio de Riosucio, Caldas. 1939, El alcalde de Riosucio expone las razones de conveniencia para disolver los resguardos indígenas, Carta del alcalde de Riosucio al Ministerio de Economía.

<sup>8</sup>AGN. Archivos Oficiales, Ministerio de Gobierno. (1939-1940) Resguardo indígena San Lorenzo (Caldas). Comisión divisora de Resguardos. Hoja 31 recto.



El 27 de diciembre de ese mismo año se expidió el Decreto 2454 para dividir “el resguardo de indígenas de San Lorenzo, en el municipio de Riosucio, del departamento de Caldas”<sup>9</sup>. La comunidad estaba dividida, en el expediente puede verse como unos querían la parcelación y otros no. Iniciado febrero de 1940 abundaban las demandas del cabildo y comuneros como Isidro Gañan que representaba a 2454 comuneros y exigió la nulidad del decreto y demandó los abusos con altos costos de los procedimientos de parcelación, las demarcaciones de los bosques que por no ser labrados pasarían a la nación y porque los lotes que habían adquirido los antioqueños como Santiago Gonzáles se legalizarían<sup>10</sup>.

El 31 enero de 1943, el Cabildo del Resguardo San Lorenzo encabezó una reunión con el gobernador Francisco Betancur, el gobernador suplente Teodosio Gañan y el Cabildo en pleno, en ese espacio el Cabildo manifestó “de manera absoluta y definitiva a oponerse a la división de los terrenos cuanto esto perjudica seriamente al futuro de los indígenas” y a la declaración de baldíos de los lotes que no estaban labrados, “por cuanto bosques, “reservas forestales” y “montes incultos””<sup>11</sup>.

El Decreto presentó muchos inconvenientes y fue improcedente, solo hasta 1943 el ministro logró concretar legalmente la disolución bajo la Resolución N°1 de 1943 que declaró como inexistente al resguardo por carecer de títulos y ordenó la división y la parcelación (Caicedo, 2009: 119-134). El análisis actual que Caicedo (2009) realizó sobre la decisión del Ministerio de Economía Nacional aduce a que:

“El Ministerio justifica el procedimiento de inexistencia del Resguardo de San Lorenzo en tanto mecanismo expedito que permite superar obstáculos en la consecución del fin

---

<sup>9</sup> AGN. Archivos Oficiales, Ministerio de Gobierno. (1939-1940) Resguardo indígena San Lorenzo (Caldas). Comisión divisora de Resguardos. Hoja 33 recto y 34 recto. También puede verse en Caicedo, 2009, pp.116 – 118 y en Diario Oficial N°24255. Decreto 2454 del 27 de diciembre de 1939.

<sup>10</sup> Puede leerse en el expediente citado.

<sup>11</sup>AGN. (1935-1944) Resguardo de San Lorenzo, Riosucio (Caldas). Hoja 121 Recto.

civilizatorio. Argumenta que para lograr el objeto de repartir entre los indígenas dicho Resguardo es mejor declararlo Baldío que considerarlo Resguardo, ya que, de acuerdo con las leyes vigentes, los resguardos se deben repartir por el método de división alícuota, es decir, “por cabezas” o por iguales partes entre los comuneros, lo que resulta muy difícil, más costoso y fuente de discordias entre los comuneros, porque la forma de apropiación tradicional del suelo no es tener una finca para cada familia indígena sino cultivos dispersos en distintos puntos del resguardo; en cambio, como terreno baldío se pueden adjudicar a cada uno los terrenos que tengan cultivados o con ganados” (p. 163).

### **La disolución del resguardo**

“El Cabildo dejó de cesar funciones, pero seguíamos organizados”, dicen los mayores, que, aunque eran niños, tuvieron que ver el despojo de las tierras y la lucha por conservar la organización y la unidad. El mayor Silvio Tapasco, no superaba los 7 años cuando vio llegar la invasión de ingenieros y abogados guiados por dirigentes del cabildo. Él vivía en Veneros, una comunidad de la parte alta, trabajaba la tierra con su familia y escuchaba lo que comentaban los adultos indignados: “la tierra la están titulando al que tenía más plata para pagarle a los doctores que venían a medir y dar el título y la alcaldía que cobraba los impuestos”.

Con su familia y vecinos, como el mismo lo dice, sembraban “almudes de frijol y maíz en los cosechaderos de la tierra fría para que no faltara la arepa de mote de maíz, la chicha, el envuelto, el hogagato, el bizcochuelo y las arepas de frijol, y recolectaban algunos productos como los petacos, los chochos, el plátano indio, las orejas de los árboles y los colinos de iraca que la misma naturaleza daba”. La forma de trabajo era familiar o “mano cambiada entre familias, unos días una familia

trabajaba en el lote de alguien y los otros días en el de los otros, y así, a cada familia le llegaba su turno, pero sin falta debía haber calabazos de guarapo y chicha o bebida”.

El día iniciaba a las 3 de la mañana y antes de salir a la escuela colaboraba con los trabajos de la casa. Cogía sus libros, la tinta y la pluma, los ponía en una jíquera, se ponía sus mochos, los pantalones de moda, unos pantalones que llegaban un poco más arriba de la rodilla, sin camisa y sin zapatos caminaba al sol y al agua dos horas diarias para subir y bajar a la escuela. Después de la escuela, iba donde los hacendados a pedir trabajo para recibir algunas monedas para comprar tinta, plumas y cuadernos para continuar estudiando. Era muy curioso, quería saber muchas cosas, “hasta lo prohibido”. Los mayores se reunían frecuentemente y él se “escondía tras las puertas para escuchar, aun sabiendo que lo podían castigar; cada quien tenía sus espacios y ese no era el de los niños”.

[...] Ellos hablaban de que nos regían leyes especiales, que la organización y unidad se estaba perdiendo, las personas no querían trabajar y organizarse para hacer trabajos comunitarios, actuaban sin dirección y vendían las tierras para irse. Y lo peor, la parcelación dependía de la cantidad de dinero que cada uno tenía para pagar el trabajo de los funcionarios, sostener la estadía y demostrar que las tierras serían productivas, “sino los lotes se los quitaban para dárselos a otra persona”.

[...] Mi padre tenía dos lotes en San José o Kirgo y en Veneros, uno de los lotes sumados era 40 hectáreas; no pudo conseguir dinero para pagar y le retiraron 30 hectáreas para dárselas a un colono. A otros los presionaban preguntándoles que, si iban a tener dinero con que pagar impuestos y que, si tenían las cosechas embargadas por los usureros de café o comerciantes antioqueños, en caso contrario les retiraban las tierras para titulárselas a los antioqueños.

Muchas personas y familias quedaron sin tierra y se fueron, otros prefirieron venderlas para al menos quedar con algo de dinero con que salir [...].

Al otro extremo de la montaña, pero de ese mismo territorio de los Tapasco estaba el mayor Benjamín Tapasco, uno de los hijos del alguacil del anterior cabildo. El mayor Benjamín describe a su padre como “un hombre trabajador”, “rudo e imponente”, que incluso había sufrido la dureza del cabildo que tenía “el don o poder, para sancionar, dar y entregar tierra”. Ahora ya no había cabildo, pero,

“había organizaciones internas, algunos que dirigían seguían convocando a la comunidad a los convites para hacer grandes mingas, para hacer trabajos que beneficiaran a toda la comunidad y allí se escuchaba que la mayoría no estaba de acuerdo, que la orden era nacional y la Asamblea departamental era amiga de la disolución del resguardo para poder recaudar impuestos”.

“Un día sonó el cuerno”. “–Camine mijo, acompáñeme, vamos a la reunión del cacique–”, le dijo su madre, y obedeció como buen hijo. “Cogido de su mano”, bajo las trochas que conducían a Pasmí, “llegaron a una casa roja grande de balcón”; todos sus vecinos estaban reunidos en el patio de aquella casa. De pronto, salió un hombre, “subió al balcón, era don Manuel Santos, un “indio” más de la comunidad, pero era descendientes de caciques y podía dirigir, se paró y habló, nombrando en orden las actividades que había que realizar, todos temblaban”, pero más el niño de cinco años, que era la primera vez que veía un hombre con más temple para dirigir que el de su padre.

Él no olvida que “todos fueron a recoger piedras del río, otros limpiaban los caminos y otros las cargaban hasta allí, pues los caminos debían estar en buen estado, y don Manuel procuraba que siempre estuviera así”; aunque él era igual que los demás, tenía las mismas cantidades de tierra, conocía el arte y tenía el temperamento de dirigir.

[...] “En todas las comunidades había líderes que convocaban a los arreglos de los caminos y a la realización de actividades comunitarias; estaba Manuel Santos Tapasco, de Pasmí, Macario Gañan y Moisés Tapasco, de Kirgo, Emilio Gañan, Julio Gañan y Francisco Betancur, de San Jerónimo, Jesús Antonio Gañan y los Melchores, de Lomitas y los Betancures y Lenguas, de Buenos Aires”.

Sin embargo, San Lorenzo seguía afiliado a los conservadores, los mayores recuerdan que “los liberales azuzaban desde Supía a las partes bajas”, que tenían más relación con mulatos y negros que en su gran mayoría eran liberales para tener más seguidores de su partido. El mayor Rómulo recuerda como los liberales de Supía se volvieron más violentos cuando murió Gaitán:

[...] subían con machete a aplanchar a los godos. Se encendían a trompadas por votos: uno decía, -yo voto por un conservador-, y el otro: -voto por el liberal-. Los caudillos llevaban a los votantes hasta el puesto y salían con sus dedos pintados con tinta azul o tinta roja, una era insignia de los conservadores y otra de los liberales; así los padrinos se aseguraban que fuera efectivo el voto que compraban. Todos se dispersaron después de disuelto el cabildo, y los partidos tradicionales los cooptaron y los ponía a pelear entre unos y otros.

### **Hacia Pueblo Nuevo**

El mayor Silvio expresa que en la década de “los 50s, después de la disolución, muchas familias estaban sin tierra” y hacinadas en pequeños lotes en las laderas y algunos llanos, “colonos como Julián Salazar, Mesías Gonzáles, Francisco Gonzáles, Santiago Gonzáles y Joaquín Arango” se apoderaron de grandes extensiones de tierra. La parte baja del territorio estaba congestionada de antioqueños y la iglesia o los santos tenían los mejores globos de tierra dispersos en todo el territorio.

Sabiamente lo han dicho los mayores *“el número de las familias crece, pero la tierra no”*; las familias empezaron a buscar la parte alta del territorio, los lugares que no se cultivaron.

[...] Desde Veneros, varias familias empezaron a subir hacia La Línea, donde había lotes amontados y con grandes extensiones de ganado que le pertenecían a Benjamín Arenas. Tumbaban monte en donde los mayordomos y el terrateniente no los vieran para hacer rozas de maíz. Nadie corrió con suerte; los alguaciles y los peones que cuidaban con escopeta de los robos de ganado los condujeron varias veces hasta los calabozos de Caramanta por invadir la propiedad privada.

Los ánimos no se perdieron, los líderes guardaban la esperanza; en el documento de la disolución, decía que “la parte alta del territorio, que no había sido dividida” o parcelada se dejaría en Reserva y en la medida que se vaya cultivando se titularía. En medio del desespero y el ferviente deseo de mantener el trabajo colectivo, “un grupo de familias organizó y para ir a vivir y trabajar en la montaña, en la tierra fría”, en donde solo había montes espesos y tierra para domesticar. Toda esta zona, dicen los mayores que “antiguamente fue muy transitada y tenía amplios caminos que conectaban con Jardín Antioquia y desembocaban en la región de los Chamí, especialmente en Mistrató”, en donde había estrechos lazos comerciales.

El mayor Silvio convocó a Benjamín y Clímaco y organizaron las familias para vivir allí. Aunque, esos terrenos hacían parte del resguardo, no fueron parcelados porque no habían sido labrados y pasaron a baldíos de la nación; por eso “demandaron al Ministerio de Economía, para que reconociera ese territorio como Reserva Indígena y apoyará la producción:

[...] A raíz de la solicitud vino una comisión del Ministerio de Agricultura, para darle reconocimiento como zona como Reserva Indígena<sup>12</sup> y se comprometió a cumplir las solicitudes que se resumen en 3 etapas: 1) abrir carretera hacia la Montaña y hacer un primer poblado en lo que era Agro villas, que, aunque ya tenía dueño, el gobierno se comprometió a comprarlo al propietario; ahí establecerían cultivos y peceras; 2) continuación de la carretera y construcción de otro poblado en Arroyo Hondo para sacar maderas y establecer cultivos de tierra fría; 3) continuación de la carretera hacía Aguas Dormidas, para establecer cultivos y extracción de madera.

Para los mayores la finalidad era producir alimentos, “comida”, para entablar relaciones comerciales “con otros pueblos y desarrollar la economía propia”:

[...] De todas las comunidades empezó a subir ante la necesidad y ganas de trabajar. En dos meses había ya 90 familias establecidas en tambos que construyeron. Estuvieron tumbando monte, haciendo cultivos y sacando carbón durante dos años. El frío enfermó a las mujeres y niños, los cultivos se demoraban en producir y la distancia eran extenuantes, pues tardaban 13 o 15 horas de camino sobre lomas y montañas para bajar los productos al hombro. El gobierno, por medio del Ministerio, se comprometió a apoyar abriendo carreteras, construyendo las viviendas y suministrando materiales para la producción y les incumplió, pues nunca tuvo presupuesto, y la comunidad empezó a retornar a sus antiguos caseríos.

---

<sup>12</sup> Puede consultarse la entrega de la Reserva indígena en el Decreto 1130 de 1960, está disponible en Caicedo, 2009, pp. 135 – 137. Documento 10: Decreto 1130 del 5 de mayo de 1960 del Ministerio de Agricultura que reafirma la Reserva indígena de San Lorenzo.

## **La división de las comunidades madre**

Los mayores cuentan que después de las largas jornadas de trabajo en los cosechaderos y en las haciendas de los antioqueños:

[...] desfilaban las mujeres con canastos llenos de leña y algunos plátanos, los hombres con troncos largos en sus hombros y los niños con palitos arrastrando o en sus hombros y arreando a sus perros flacos, regresando a sus casas de guaduilla o estera, techo de iraca o murrapo y piso de tierra; los hombres rajaban la leña, los niños las juntaban y las mujeres encendían el fogón para preparar la cena. Las familias se reunían alrededor de la gran olla de barro, que en muchos casos no se bajaban del fogón por el temor a quemarse, se servían los alimentos en platos de madera o barro y se acompañaba de la bebida más sagrada, la chicha de maíz.

Había risas, historias, silencios, temores y enojos, como en cualquier familia.

Las historias se reducían cada vez más”, los padres hablaban poco con sus hijos y “castigaban con severidad”, “invertían mucho de su tiempo del descanso y trabajo en tomar guarapo y emborracharse”, y “en fumar tabaco” que los hacía hablar con los ancestros y los espíritus, mientras las mujeres guardaban silencio con golpes y sumisión, aunque ambos, hombres y mujeres, se embriagaban con la chicha y el guarapo que abundaban en las casas.” Nuestros abuelos no recibieron la enseñanza que sus padres recibieron de sus padres, así la lengua materna se olvidó y pocos cuentan las historias de nuestros ancestros, algunos seguramente si aprendieron, pero guardan silencio pensando que su sabiduría es pecado o que los jóvenes no estamos preparados para entender sus vidas tan diferentes a las nuestras.

Los mayores Silvio y Benjamín concuerdan en que había cinco comunidades madre:

[...] San José, Blandón, Pasmí, San Jerónimo y Buenos Aires y allí vivían las familias originarias: Tapasco, Gañán, Ándica, Blandón y Lengua, a las cuales Lesmes les había



entregado el territorio. Después, se unieron otras familias, las Aricapa, Bueno, Dávila, Melchor, Betancur, Zamora y Largo, que eran indios Turzagas del Resguardo de La Montaña.

El mayor Silvio cuenta que “los Tapasco eran descendientes del dios Tapará y vivían en la parte oriental del territorio y su comunidad madre era Pasmí y San José”. Aunque debemos tener claro que, según los mayores, “San Lorenzo estaba conformado por las veredas que hoy conocemos como Murillo, Arcón, La Loma y La Bonilla y continúan haciendo parte de Supía”, pero les pertenece a campesinos, mulatos, latifundistas ganaderos y a la parcialidad de Cauromá. También dice que:

[...] los Gañanes eran los que más trabajaban la tierra, pero era un apodo que pusieron los españoles a los indios que eran vivaces y son de la parte norte del territorio. En la familia Lengua estaban los traductores de los españoles, vivían en Buenos Aires, Danubio y Lomitas, y Los Blandones, en Blandón y San Jerónimo. También había dos reconocidos caciques, Tunzá e Ypa, el primero era descendiente de los Turzagas y por eso hay una comunidad que se llama Tunzará, Tunzá era médico, usaba las lagunas para sanar ofrendado oro, pero las lagunas fueron vaciadas por los españoles buscando sacar el oro. Bajo el cerro de Tunzará hay una llanada en donde está un pueblo que se escondió, está encantado y es de oro. En una de sus lagunas hay una Jepá grande, una dama, que aún ven y se encarga de cuidar el cerro. Ypa era otro cacique, que estaba ubicado en el alto del Ypa, cerca al otro resguardo de la Montaña. Juntos gobernaban este territorio, pero los persiguieron como sucede ahora con los líderes.

El mayor Benjamín, recuerda que, de esas cinco comunidades, gradualmente surgieron 21 comunidades fragmentadas por influencia de los intereses políticos de los partidos tradicionales y las Juntas de Acción Comunal:

[...] San José se dividió en Kirgo o San José, Veneros, Piedras y Honduras, después, de Tunzará surgió Piedras, quedando así: Veneros, Tunzará, San José, Piedras y Honduras. Pasmí se dividió en: Llanogrande, Playa Bonita y Pasmí. Blandón se dividió en el Roblar, Costa Rica, Aguas Claras, La Pradera y Blandón, después se repobló la montaña como Agrovillas y se renombró Bermejál, teniendo para el presente las comunidades de: Bermejál, El Roble, Costa Rica, Blandón, Aguas Claras y La Pradera. San Jerónimo se dividió, primero, en Lomitas y San Jerónimo, luego Lomitas se dividió en Lomitas bajo y Lomitas alto, Lomitas bajo se independizó como Danubio por influencia de antioqueños, y, después, con la adquisición de predios por parte del Cabildo, un lote de tierra que hacía parte de San Jerónimo pero pertenecía a los Alarcones se repobló como la comunidad de Sisirrá y otro lote en la finca Madagal, que pertenecía a un político de apellido Uribe, pasó a hacer parte de la comunidad del Roble, hoy tenemos: Sisirrá, San Jerónimo, Lomitas y Danubio. Y, finalmente, Buenos Aires, que comprendía el centro poblado, pero fue apropiado en pequeños lotes por antioqueños y la iglesia, se dividió en dos: Buenos Aires y Centro Poblado.

## Las tierras de los santos



Procesión fiesta santa en San Lorenzo. 1950.  
**Fuente:** colección personal del mayor Silvio Tapasco.

Los curas enseñaron la religión católica, de padres a hijos, de profesores a estudiantes era norma enseñar los rezos, sacramentos y fiestas. Al mayor Benjamín le tocó la época en que

[...] los momentos más importantes se convertían en fiesta: la siembra, la cosecha, la muerte de un niño, la unión de dos personas, la llegada del verano y el invierno. Los mayores y abuelos recuerdan que en la época de siembra se celebraba la romería de las Comunidades; en la época de cosecha de café, las fiestas a la virgen de la Candelaria y del Carmen; y en las épocas de cosecha de maíz y fríjol se hacían las fiestas de Santa Rosa de Lima, San Lorenzo, San Antonio, San Pedro, La Inmaculada, San Roque, San José, San Pablo y San Isidro; en mayo se hacía peregrinación a los cerros para rezar a la Santa Cruz, en noviembre a las ánimas, en diciembre a Santa Lucía, pero se peregrinaba a Guamal.

La iglesia delegó alféreces: personas encargadas de un santo y una porción de tierra que la comunidad encomendaba a este para recibir su protección y gracia. Guardaban con entusiasmo la imagen del santo y semanas antes de que iniciara la fiesta propiamente dicha, iban de casa en casa con la imagen recogiendo ofrendas de dinero para la fiesta, debían superar los 100 o 400 pesos, las comunidades se organizaban para atenderlos con almuerzo, chicha y bizcochuelo. La comunidad que había adoptado como patrono al santo preparaba una fiesta que duraba 3 días con programación permanente: alborada con pólvora, preparación de alimentos para vender, adecuación de los espacios para los músicos y para el baile, recepción de licores que las familias donaban, como pelaguache y guarapo, misas para oficializar el evento y, al final, para cerrarlo, recoger todo el dinero, apertura del volante, presentaciones teatrales y carnavales, música de cuerda: violín, requinto y guitarra, y baile. Hombres y mujeres tomaban hasta embriagarse, pagaban la pista y podían bailar, pero solo los hombres bailaban entre ellos.

Los mestizos y algunos antioqueños empezaron a asistir a las fiestas, pero traían a sus esposas y bailaban con ellas y exigían que hubiera ron o aguardiente disponible para comprar, porque, según ellos, el pelaguache y el guarapo eran bebidas de indios o mestizos pobres. Algunos intentaban bailar con las indias, pero era prohibido. El baile fue otra posibilidad de ingreso de dinero, pensaron algunos líderes comunitarios, sin contarle al cura y al escondido de los alféreces, quienes vigilaban que no se incumplieran los mandamientos de dios. Algunos mestizos que estaban integrados con la comunidad impulsaron que las mujeres bailaran con los hombres con independencia de que fueran indios, mestizos, negros o antioqueños, solo que debían pagar la pista y el préstamo de la mujer para bailar una canción. Todos vigilaban que no les hablaran al oído y solo les tocaran las muñecas de las

manos para bailar. Después de que oscurecía y la luz de la higuera no era suficiente, se daba por terminada la fiesta.

Todas las comunidades tenían un santo patrono y le otorgaban uno o dos lotes, que pasaban a ser de la iglesia, pero debían permanecer con cultivos de café y pan coger, para llevar constantemente los productos al cura. La iglesia complementaba su economía con los lotes grandes de Bermejil: Los Ángeles, La Montaña, El Dagua y El Escobal, que eran para extraer madera fina y hacer carbón para la iglesia; en el Centro Poblado estaban los lotes de San Lorenzo: los potreros y la ladrillera, solo había algunas viviendas y tiendas de antioqueños.

### **La prohibición del guarapo**

La mayora Hermelina Bueno no olvida que “en cada casa abundaba la chicha de maíz y, con la llegada de la caña, el guarapo: jugo de caña fermentado”. El Código Civil ordenaba que estas bebidas embriagantes, que para el estado eran las culpables de embrutecer la población, fueran eliminadas; curiosamente, como dicen la mayora,

[...] cuando más persecución hubo florecía la industria de cervezas babaría y el aguardiente y el ron la licorera de caldas y no eran perseguidos como delincuentes, al contrario, se comercializaba libremente en las tiendas. El corregidor dio la orden de establecer dos cepos o calabozos, con inspector en San Jerónimo y San Lorenzo, para encarcelar y amarrar con cadenas a las personas que tuvieran guarapo en sus casas.

Los mayores recuerdan a Beto Trejos y Francisco Betancur por su brutalidad y grosería:

[...] “Los alguaciles y/o celadores cargaban una palanca en sus manos y visitaban todas las casas en busca de calabazos tapados con tusas de maíz y escondidos en el interior o enterrados en los alrededores. Hurgaban la tierra, al encontrar algo medían en botellas la cantidad de guarapo almacenado, y llevaban la gente a la cárcel y “a pagar guarapo” haciendo obras

públicas, como arreglo de vías o apertura de carreteras. La cantidad y tipo de sanción dependían de la cantidad y la calidad, algunos fabricaban destiladores y hacían aguardiente de alambique o pelaguache; según los Mayores, la sanción era más fuerte si hallaban ese tipo de licor; hubo quienes fueron detenidos y mandados a Cartagena, Putumayo, La Gorgona, Manizales y Mistrató”.

Algunos curas incrementaron sus riquezas con la venta de guarapo, pero eran protegidos por las leyes de dios y no aplicaba ningún tipo de sanción. Los mayores describen muy bien al cura Betancur:

[...] “un hombre alto, gordo, bien vestido con un sombrero de paja, y con una correa de la que colgaba la peinilla o machete y un revólver. En los sermones de la misa de 6 de la mañana siempre hablaba del pecado más grave y frecuente: el alto consumo de guarapo, que era mal visto por los ojos de dios. Terminaba la misa, se quitaba la sotana en la casa cural y abría las puertas para que los ancianos catearan con él el guarapo que tenía para la venta”.

Daba las misas de 8 y 10 de la mañana y la 12 del mediodía, y en cada receso decía lo mismo: “¡Elena sirva más guarapo!” Solo se le veía reír, “doblar el codo tomando guarapo” con las personas que pasaban por la casa cural y recibir 1 peso, el precio de cada totuma. Todos le compraban, era el que más barato vendía, solo que debían ser muy cuidadosos en dar el peso, porque nunca recibía menos y, si recibía más, nunca daba el cambio, y así hacía con los diezmos de la misa, “lo que meten en la bolsa se queda en la bolsa”. A las 2 de la tarde se le veía prendido, con sus mejillas rojas, acaloradas con tanta bebida de guarapo y lanzando tiros al cielo.

Los curas llenaron sus bolsillos de dinero en los recaudos de las fiestas de los santos, la renta de la tierra, los productos de los lotes, los diezmos en la misa, los matrimonios, entierros, velorios, novenarios, etc., venta de teja, guarapo, madera y carbón. Y también sacaban a flote sus aberraciones

tomando guarapo e “intentando violar a las mujeres, como lo hacía el cura Ortiz, que mientras las confesaba, las obligaba a permitir que él les tocara sus senos e, incluso intentaba violarlas”.

### **De dueños de la tierra a jornaleros y aparceros**



Rancho de Los Dávila en la Finca la Rueda  
**Fuente:** Colección personal del mayor Silvio Tapasco.

En la memoria colectiva está en los mayores el recuerdo de que las tierras fértiles de las partes bajas fueron acaparadas por antioqueños en la parcelación:

[...] “Les sembraron café, caña, productos de pan coger y pastos para ganado”. Después de que cada “indígena” tuvo título de propiedad, cambiaron los lotes de tierra por cervezas,

pelaguache, guarapo, marranos, libras de arroz y sal en las fondas con los antioqueños, mestizos y mulatos de Supía y La Montaña. Quedaron sin tierra, escasamente con su casa y un solar. Los hombres desfilaban de nuevo hacía las fondas para hablar con los dueños de la tierra para pedirles trabajo a cambio de un poco de dinero o comida. Casi siempre los trabajos eran para cuidar los arbustos de café y caña, sembrar maíz y recoger la cosecha, sembrar pasto y cuidar las vacas en los lotes que anteriormente les pertenecían.

A partir de las historias de vida de los mayores, noto que la mayoría de los jóvenes de aquel tiempo migraron a prestar servicio militar y se quedaron trabajando en las ciudades o en los alrededores de las haciendas donde trabajaban sembrando maíz, recolectando café, caña y algodón. Las mujeres jóvenes viajaron a los poblados cercanos y a las ciudades a trabajar como empleadas domésticas para enviarles dinero a sus hijos y familiares. Hubo familias que prefirieron migrar a los latifundios de Supía para trabajar sembrando maíz en los cosechaderos de los terratenientes. En sus memorias resuenan “las haciendas de la Clara que le pertenecía a Martínez y Juan Manuel Calvo, La Rueda, Portachuelo, Obispo, Sevilla, San Pablo, San Marcos, Santa Ana, El Peñol, La Trina y Benítez”.

Dice el mayor Benjamín que:

[...] llegábamos con las familias donde “el dueño de la tierra”, el terrateniente, para saber si había posibilidad de sembrar, “normalmente siempre había tierra disponible, decía que sí, y exponía en que lote se debían trabajar, la cantidad de maíz que esperaba, las fechas en que debían hacerlo llegar al depósito, los días que debía trabajar sin pago, generalmente los sábados, y la disposición para trabajar los días que él necesitara en retribución por el alquiler de las tierras. Y, finalmente, autorizaba armar los ranchos que servían para escampar, cubrirse del sol, dormir y armar el fogón para que la mujer hiciera los alimentos”.



Las familias trabajaban en Supía porque eran tierras más cálidas y los sembrados daban cosecha con más rapidez:

[...] “sembraban y a los tres meses ya estaban comiendo chócolo; en San Lorenzo, en cambio, se demoraba hasta 5 meses. Esa era la ventaja, la gente arrancaba para allá, más fácil trabajar allá que en lo propio, aquí tenemos esa costumbre desde esa época, en cada finca uno veía 15 o 25 cosecheros con sus familias. Cada uno llevaba la semilla de maíz y las herramientas. Se tumbaba el monte, se rozaba, se juntaba y quemaba, se sembraba, se aporcaba y se prevenía de los loros y ardillas para que no devoraran la cosecha de maíz, para eso había que agregarle unos granos más en cada hoyo. Recolectada la cosecha, las familias se reunían hasta las 12 de la noche o 2 de la mañana para desgranar el maíz seco y aprovechar un poco del maíz tierno para comer. De toda la cosecha la tercera parte era para el terrateniente; de cada 6 bultos, 4 eran para el cosechero y 2 para terrateniente. Después de 2 y hasta 4 horas de trayecto a lomo de indio, el maíz llegaba donde el terrateniente los hombres cargaban 4 o 6 almudes, las mujeres 3 almudes en los canastos y los niños 1 o medio en un costal”.

El mayor Benjamín bajaba a los cosechaderos desde niño, andaba con su hermana y esposo, cargaba en su canasto “2 o 1 almud, llevaban el maíz hasta los depósitos o las casas de los terratenientes; su hermana caminaba al frente con su esposo” y esperaba en los trayectos largos que sus pies cortos los alcanzaran. Llegaban a las 6 de la tarde al punto de recolección de la cosecha,

[...] “el capataz soliviaba el maíz, lo almacenaba en la bodega, escribía el nombre de los cosecheros y la cantidad de maíz en un cuaderno”. Retornábamos a los cosechaderos a las 8 y 30 de la noche. Invertíamos el tiempo en desgranar maíz, no destinaba casi tiempo a la elaboración de la comida por dos razones: no había suficiente y debían trabajar hasta que el cansancio de sus cuerpos les permitiera estar con sus manos activas desgranando maíz.

“Todos los días debía llegar maíz a la bodega de la carretera. Los días sábado y domingo salían los camiones hacia Supía para vender el maíz”. En las mañanas de los domingos, los campesinos, mulatos e indígenas hacían la fila en la fonda donde el terrateniente acostumbraba a sentarse con los capataces a tomar cerveza o ron y pagar a sus trabajadores. Los campesinos llegaban solos, mientras sus esposas los esperaban en casa rezando que no se tomaran toda la paga. Los indígenas llegaban y ellos reían, porque siempre andaban acompañados de sus esposas y sus dos o tres hijos en las manos o metidos en los canastos, solo los indios solteros llegaban solos y se iban a tomar gran parte de la paga en las cantinas donde vendían trajo fino, no de indios, en donde entraban hombres sin distinción de color de piel, estrato o estado civil a emborracharse y a pagar para poder saciarse de placer con una mujer.

### **Las Juntas Comunales y La Escuela Radiofónica**

Entrados los 60s, después de 20 años de disolución y 50 años de la iglesia adoctrinando y controlando las escuelas, todos nos reconocíamos como campesinos. Los mayores concuerdan en que:

[...] 1962 las comunidades se empezaron a dividir, reestructurar en veredas y organizar en Juntas de trabajo acorde al modelo de Juntas de Acción Comunal<sup>13</sup> que creó el gobierno. Las JAC inicialmente permitió que los líderes comunitarios reclamaran los servicios que las alcaldías debían garantizar, pero se negaban a cumplir, como adecuación de centros de reunión, arreglo de vías, electrificación, construcción de escuelas, etc. bajo el padrinazgo o colaboración de algún líder político conservador o liberal; así, en la época del surgimiento de guerrillas campesinas se apaciguaba un poco el inconformismo que los campesinos y obreros tenían frente al estado por la explotación que sufrían en las empresas y latifundios.

---

<sup>13</sup> Las Juntas de Acción Comunal -JAC- se establecieron en 1958 bajo la Ley 26.

El mayor Silvio estaba trabajando como suboficial del ejército en el Batallón Junín de Popayán y llegó a San José o Kirgo en el 1963, estando en permiso de descanso, y veía como “cada vereda construía ramadas, llamadas casetas, para hacer reuniones y festividades, y siempre había peleas” propiciadas por cosas tan banales y simples, como una mirada o un tropiezo. Organizó un grupo con los mismos “peleones” para que ellos fueran los que se encargaran de defender la comunidad, y lo consiguió:

[...] “eran los primeros que llegaban a las festividades, esperaban a las personas que entraban al espacio y les decomisaban los cuchillos y machetes, considerábamos que así evitábamos que hubiera tantos heridos y hasta muertos. Las peleas que se generaban eran con “trompadas a puño limpio”.

La unidad y conciencia que vio mientras crecía había cambiado, se habían olvidado, dice el mayor Silvio:

[...] “El presidente de las Juntas de Acción Comunal convocaba para hacer convites organizando caminos, pero las personas no dialogaban de los problemas, al contrario, les parecía que todo mejoraba, porque el presidente era un vocero de la Vereda que conversaba con los políticos y ayudada a canalizar los servicios de asistencia del gobierno”.

Decidió quedarse y no volver más al ejército para aportarle a la organización comunitaria. La comunidad lo eligió presidente de la Junta para continuar liderando la construcción de la primera Escuela en el filo de San José.

Con entusiasmo cuenta como ese lugar antes se llamaba “*Kirgo*”:

Kirgo por un pájaro pequeño que decía kiiirgo, kiiirgo, kiiirgo, para proteger el alma de los muertos. El lugar en que fue construida la escuela es un sitio diferente a los demás. Mientras clavaba la pala para extraer tierra, cayó en una habitación que tenía vasijas de barro, nadie se

atrevió a abrirlas, las volvieron a tapar con tierra. A veces deja volar su imaginación y piensa que pueden ser los restos de algún cacique importante, porque queda en un pequeño filo que hace parte de una cuchilla que conecta directamente con el cerro Tunzará y mira hacia el sol naciente, como se enterraba antes a los muertos. Pero quizás puede ser el oro que tanto escondieron algunos indígenas en la época de la colonia, porque por allí transitaban mulas con oro de las minas y comida para las haciendas.

Mientras se construía la Escuela, el mayor Silvio pensaba que no debería solo enseñar “los programas del estado sino la importancia de la organización y el trabajo para su pueblo, quería que los jóvenes estudiaran para que siguieran trabajando con la comunidad”. Poco a poco se retornaba a los trabajos colectivos para solucionar las necesidades, como la construcción de viviendas y la falta de alimentos.

Pero era más ágil la maquinaria de asistencialismo que se sostenía en el gamonalismo:

[...] cada vez era más difícil convocar a la Comunidad, a floraban los intereses individuales y las personas buscaban a los políticos de los partidos tradicionales para recibir ayudas o personería jurídica, que permitía gestionar ante las instituciones, como la Cooperativa de Caficultores, para recibir inversiones, como carreteras, electricidad, acueductos e infraestructuras de cemento para las casas y los centros comunitarios. “Invertir” era un gran negocio para los políticos conservadores y liberales, la cooperativa de caficultores y la iglesia católica.

Las Juntas de Acción Comunal se develaron en su verdadera esencia: asistencialismo y canal para que los políticos pudieran persuadir con gestiones administrativas y pequeños proyectos de inversión social para recibir votos. El mayor Rómulo cuenta que:

El Inspector Beto Trejos le decía a los que tenían actitud de liderazgo que le ayudaran a recoger votos para llevar al parlamento al conservador Alcibíades Díaz y que, entonces, el

puesto de Inspector les quedaba en su poder; a todos les decía lo mismo, y muchos lo apoyaban.

Los mayores solo empezaron a desconfiar de Alcibíades Díaz cuando fue asambleísta departamental y se dieron cuenta que era él quien obstaculizaba la construcción de las escuelas. Se opuso fervientemente a la creación del primer colegio y despóticamente decía que “pa’qué escuela pa’indios”. “Tuvimos que unirnos para construir el colegio y continuar haciendo las escuelas”, dice el mayor Silvio.

El mayor Silvio, desde las Juntas de Acción Comunal, aportaba a las actividades de la iglesia y al proceso de alfabetización. El cura Mejía, le pregunto:

- ¿Quiere hacer un curso? Se va de aquí unos días, aprende, viene y me colabora, le doy los transportes y los viáticos para la estadía allá.
- Sí, dijo el mayor Silvio.

Allí estuvo, en algún pueblo de Antioquia aprendiendo a encender y sintonizar emisoras en radio y comprendiendo las instrucciones que de la caja con voz salían para enseñar los números, las matemáticas, las normas de comportamiento, la lectura, escritura y sacramentos de la iglesia. Después de un año, regreso a San Lorenzo

[...] con un radio azul, una caja con voz. La iglesia adecuó una casa de estera cerca a la escuela de varones Simón Bolívar, para que los adultos, que eran considerados analfabetos asistieran a las clases radiales. Todos elaboraron sus pupitres de las maderas más finas, tallaron minuciosamente una silla, un escritorio que tenía un cajón debajo donde podían guardar sus cuadernos de hojas café y los lápices, la silla y la mesa del profesor.

El mayor Rómulo bajó desde la Soledad, el sector más alejado de la comunidad de Lomitas, para “alfabetizarse con radio Sutatenza”. Llegó al “ranchito”, muchos de sus compañeros de jornal,

ejercito, juntas de acción comunal y grupos de prodine de la iglesia estaban allí. El mayor Silvio escribía sobre una tabla verde colgada en la pared con algo que parecía madera, pero era como un carbón blanco.

[...] En la mesa del profesor había un aparato redondo y todos podían ingresar su lápiz por un orificio para pulir las puntas de sus lápices. Sonaron las 7 de la mañana en el reloj. Todos miraban una caja azul con teclas, don Silvio toco una de ellas y salió la voz de otro profesor que saludaba y hablaba de los conocimientos que recibirían en cada clase, y en por qué todos, sin importar que fueran del campo debían elevar sus conocimientos.

Sin falta asistíamos dos días a la semana “para escuchar de la radio sobre la alfabetización, la ciudadanía, la moral, la agricultura, la astronomía, el trabajo comunal y lo comunal, y don Silvio enseñaba a escribir, leer, a hacer operaciones matemáticas” y a desmenuzar todo lo que salía de la caja parlante.

El mayor Silvio recorrió los departamentos de Quindío, Caldas, Tolima, Valle del Cauca y Nariño con la Radio Sutatenza. “Los problemas de explotación e injusticias que tenía San Lorenzo, eran similares a los de otros pueblos campesinos e indígenas”. Se sentía identificado con los pueblos indígenas que conocía, pero él era diferente, hablaba español, conocía la religión católica y “se vestía con la ropa que los campesinos también usaban”. Usted es indio como nosotros, le decían, sí, era indiscutible, pero, “¿qué nos pasó?” Se preguntaba. Pensaba que en San Lorenzo “*debíamos organizarnos, pero de otra forma, no como nos había dicho los Corregidores y la Iglesia*”.

## II. PRENDIENDO LA LLAMA

### **Ampliando la conciencia**

El gobierno liberal a finales de 1960 no logró realizar la Reforma Agraria que pretendía repartir los latifundios improductivos entre los campesinos y desarrollar la tecnología para la explotación agrícola porque los sectores que monopolizaban la tierra: terratenientes y conservadores, gozaban de organizaciones gremiales que ejercían presión política para obstaculizar su implementación. Para avanzar, el estado organizó estratégicamente a los campesinos en la Asociación de Usuarios Campesinos, para que lideraran las exigencias de reclamo de lotes de tierra, mejoras en la producción y participación en la planeación de los diferentes programas, sin la necesidad de recibir padrino político de los gamonales locales<sup>14</sup> (Rudqvist, 1983).

Mientras los campesinos se organizaban, el mayor Silvio Tapasco trabajaba en Radio Sutatenza, operando radios y alfabetizando a los campesinos. Recibió constantes invitaciones de los Usuarios Campesinos y los Promotores para que participara de las reuniones y grupos de formación. Hoy mientras recrea sus recuerdos, los discursos de invitación se reviven con su voz mientras habla:

-Silvio: acompañenos a las reuniones, mire que nuestras discusiones son las mismas que usted rebobina sobre los problemas del pueblo trabajador-, le insistía un Promotor de la Asociación de Usuarios Campesinos de Risaralda.

En silencio asistía a las reuniones y escuchaba con atención las discusiones:

- Hay que organizar los campesinos para que reclamen la tierra que les pertenece, la que tanto han trabajado por un miserable jornal que a veces no llega o es cambiado por una libra de sal-, decía otro Promotor a un campesino.

---

<sup>14</sup> Aunque, “La ley 1 de 1968 permitió expropiar tierras privadas cultivadas por arrendatarios o aparceros que tenían lotes de hasta 15 hectáreas” (Rudqvist 1983, 2).

– Tenemos una reforma agraria que nos respalda, las tierras nos las deben titular y el gobierno está en la obligación de apoyar la producción-, decía otro.

Asistía a cada reunión, esperando aprender más y encontrar las respuestas a sus tantos cuestionamientos sobre la organización de su pueblo, para trabajar por unos principios diferentes a los conservadores y liberales que, tal y como se aplicaban, solo servían para responder a los intereses de la clase acaudalada del departamento y el país y para dividir la unidad de las Comunidades. Muchas personas que trabajaban el campo, como campesinos e indígenas, se vieron recogidas en la plataforma ideológica y en las exigencias de la ANUC. Leyes sobre tierra para indígenas y formas de organización, fueron nuevos conocimientos que refrescaban la memoria de Silvio que recordaba que en San Lorenzo había un cabildo, un resguardo y leyes especiales, que fueron desaparecidas con la disolución del resguardo.

Y nosotros, ¿cómo podemos organizarnos en San Lorenzo como indígenas?, fue una pregunta que lo acompañó, porque en algunos territorios como el Cauca aún habían cabildos, resguardos, lengua indígena y tradiciones; en cambio, el grado de asimilación de su pueblo era tanto que todos sabían que dios había creado el mundo, que el café mejoraba las condiciones de vida, que los lunes y domingo había que asistir a misa, que debían cumplir con las ordenes de la iglesia y que la única lengua posible para hablar era el español.

No era el único que se lo preguntaba, otros hermanos indígenas lo veían y se reconocían; otras personas como él participaban de las reuniones y se hacían las mismas preguntas, aunque algunos ya se las estaban respondiendo en la medida en que escudriñaban en la historia. Comprendieron que, a la llegada de los españoles, millones de indígenas perecieron y que desde allí eran vasallos de un rey, que la vida de sus ancestros era diferente a la del presente, que las tierras les pertenecían, no se le rendía culto a un dios celoso y no eran siervos de un rey que nunca conocieron, ni hijos de un dios



que no comprendía que nuestro sufrimiento no tenía por qué hacer crecer un imperio y llenar los bolsillos de los que tanto explotaban.

Los trabajadores del campo luchaban por la tierra en propiedad individual y los indígenas por la propiedad colectiva de la tierra en resguardos.

- ¿Qué dice Silvio?, ya ha asistido mucho, conoce nuestra posición y nuestra causa: la lucha por la tierra y la organización. Ustedes tienen los resguardos, organicemos al pueblo, le decía nuevamente el Promotor.

- Sí, pero hay que abonar más la tierra, le respondía.

“Había que preparar la gente, ampliar la conciencia y conocer la historia para agitar nuevamente la lucha”. Regresó a Riosucio buscando la forma de organizar a los trabajadores del campo y, para su fortuna, había otras personas discutiendo lo mismo en otros resguardos, como “don Gilberto Motato, que era el gobernador del Cabildo del Resguardo Indígena de Nuestra Señora Candelaria de La Montaña; allí, a diferencia de San Lorenzo, desde 1627 funcionaban un Cabildo y Resguardo”, porque los políticos no lograron persuadir a los líderes para su disolución. “Gilberto sabía lo que sucedió con la disolución de los resguardos en Caldas y la expropiación de tierras: sus resguardos fueron invadidos por antioqueños, ayudados por los gamonales políticos, abogados y los comerciantes, que también tenían testaferros”.

“Gilberto siempre andaba con su sombrero redondo, su poncho” y con sus pies libres de zapatos - nunca los usó-, “sus pies parecían un *gajo de guineos* que sufrían con el calor y la estreches de los zapatos”, que eran hechos para *los señoritos del pueblo* que no conocían la tosquedad de los caminos, la tierra y las piedras. Decían que era de temple, “se le veía andar por todos los caminos y discutir en la alcaldía municipal de Riosucio, reclamando justicia para su comunidad que día a día perdía tierra”. Sus antecesores no permitieron que el resguardo se disolviera, pero no lograron impedir que

casi la mitad, que pudo haber medido más de 18.000 hectáreas, fuera acaparado por los antioqueños y gamonales del pueblo riosuceño, que ampliaron sus latifundios de café y ganado, dejándolos solo al cuidado del ganado de los patrones a cambio de un pedazo de tierra en donde estaba la casa, un pequeño solar y el uso de las peñas para sembrar maíz para sus familias, pero a la tercera.

Uno o dos días les quedaban libres para ir a cazar animales de monte, picar las carreteras, cargar costales, ordeñar vacas y deshierbar potreros a cambio de unos míseros centavos para comprar alimentos para las numerosas familias. Pero no bastaba con eso, había, además, una empresa de pinos que querían poseer las tierras y la iglesia y la policía buscaban incansablemente a las mujeres y hombres llamados yerbateros o mediquillos para encarcelarlos y hacerlos arrepentir por tan grave pecado. En Cañamomo y Lomapieta, Gabriel Antonio Campeón, el gobernador indígena, también padecía el mismo mal, menos el del pino. Desde que llegaron los españoles, los indios tenían que estar en los socavones, en los cañaduzales y en las estancias de ganado, porque las tierras de su pueblo estaban secuestradas en manos de los caudillos y empresarios mineros.

Eran tiempos difíciles. Los gobernadores indígenas no eran escuchados, “los liberales y conservadores manejaban la gente con el dedo chiquito a cambio de una lata de zinc para el techo o un calambombo para el sancocho”, dicen la mayoría de los mayores al recordar. - “Hubo que buscar a los más claros, los más activos, los más curiosos”, dice, reafirmando el mayor Benjamín, al recordar los primeros pasos de la organización. Así, los reunían para discutir la profundidad de los problemas “para que ellos hicieran lo mismo en sus veredas o comunidades y organizaran Juntas u organización de Usuarios Campesinos, que después agruparían a nivel municipal, departamental y nacional”.

### **De nuevo en San Lorenzo**

San Lorenzo a veces parecía un campo de batalla. Las peinillas, rulas y machetes se exhibían y se agitaban entre el viento esperando derrotar algún cuerpo. No había distinción entre indios y

campesinos, cada quien se hacía llamar conservador o liberal y con el machete defendía los ideales de los azules y rojos. Las guitarras y violines animaban los parques y casetas. “Cuadrillas de mulas permanecían los días de mercado amarradas en los caminos reales”, recuas de “indios” bajan con sus costales al hombro o con los canastos repletos de café para ser cambiados por unos centavos, que luego pasarían al granero de algún antioqueño para ser cambiados por alimentos, especialmente: manteca, sal, arroz y carne. “Los hombres vestían ropa de paño y usaban elegantemente un sombrero redondo y pequeño, las mujeres deslumbraban con sus vestidos de colores vivos y fosforescentes que representaba a su comunidad o familia, con los tonos rosas, verdes, naranjas, azules, rojos o floreados y con sus cabellos largos”, que descendían hasta la cintura, lisos y bellos de un color más que negro, profundos como azabache, que brillaban así el sol no resplandeciera.

La organización la monopolizaba las Juntas de Acción Comunal que, según el padrinazgo representaba a los godos<sup>15</sup> y las chusmas<sup>16</sup>, aunque el poder lo ostentaban los conservadores. “La policía o celadores vigilaban que en las casas no hubiera guarapo, ni bebidas embriagantes que ellos mismos fabricaban y que regularmente se pagaban en *la apertura*”<sup>17</sup>. Los mayores que hicieron parte del cabildo anterior acompañaban o lideraban las Juntas Comunales, la jerarquía de la Comunidad solo les permitía a las personas mayores o adultas organizar y dirigir, los jóvenes solo se podían limitar “a escuchar en silencio y obedecer”.

El mayor Silvio estaba joven, no sobrepasaba los 35 años, hablaba de organización y poco le prestaban atención. Hábilmente acudió a los caciques, “ex gobernadores del pasado cabildo, a los líderes y a los mayores que tenían el don, el poder de hablar al pueblo y ser escuchados y obedecidos”. Fue a “Pasmí y habló con don Manuel y a Lomitas con Jesús Antonio”, les planteo que

---

<sup>15</sup> Apodo que se le dio a los conservadores.

<sup>16</sup> Apodo que se le dio a los liberales.

<sup>17</sup> Impuesto predial.

podían organizarse en Asociación de Usuarios Campesinos y que esta les permitía tener mayor incidencia en las alcaldías para desarrollar la producción, y que debían pensar en otro tipo de organización diferente a las comunales<sup>18</sup>. Con Gilberto también se reunían para discutir la propuesta.

[...] Rápidamente fue creciendo el rumor que había un grupo de personas que pretendía generar otro tipo de organización y la persecución hacía nosotros se empezó a dar. Teníamos que reunirnos refugiándonos de la peinilla o planazos que les podían dar<sup>19</sup>. Todos discutían las formas en que perdieron la tierra, les hablaba de la organización anterior y de cómo los conservadores habían mantenido el poder sobre el pueblo riosuceño y como los liberales fueron hábiles comerciantes e intelectuales y también se apoderaban de las tierras.

Los análisis que hacían eran evidentes: el territorio era un resguardo, la disolución fue amañada a los intereses de clase de las elites, los que más se beneficiaron fueron ellos y los antioqueños y los curas y funcionarios públicos sacaron provecho para apoderarse de las mejores tierras; y la población “indígena”, la antigua propietaria:

[...] paso a ser colona en su territorio, arrendataria de sus tierras y jornalera de patrones, y la gran mayoría migraba a Supía para arrendar tierras a la tercera para sembrar maíz y poder obtener alimento y dinero; otros trabajaban a cambio de comida o mísero jornal en los latifundios que se empezaron a formar en San Lorenzo.

De voz en voz corrió el rumor sobre un grupo que no era liberal, ni conservador y que dividía a la gente de las Juntas de Acción Comunal e intentaba hacer una Asociación de Campesinos,

[...] y poco a poco lo lograban porque las personas se identificaban con los Usuarios<sup>20</sup> cuando les hablaban de la importancia de organizarse internamente para reclamar mejoras en el

---

<sup>18</sup> Los mayores y en general la comunidad hablan de Comunales para referirse a las Juntas de Acción Comunal. En adelante se optará por usar Comunales.

<sup>19</sup> Golpes de machete.

<sup>20</sup> Forma popular de referirse a las personas que integraban la Asociación de Usuarios Campesinos.

trabajo y las tierras que trabajaban, y así, en 1970, en San Lorenzo se conformó la Asociación Corregimental de Usuarios Campesinos.

“¡Tierra para el que la trabaja! La consigna parecía entrar en oídos sordos cuando se le explicaba a la comunidad que, en San Lorenzo, las tierras les pertenecían a ellos y no a los antioqueños y políticos”. Al parecer las relaciones semicapitalistas no les permitían ver la explotación, aunque el mayor Silvio y los Promotores les explicaban “cómo funcionaba la explotación y les daban argumentos históricos de posesión a favor” de los “indígenas”.

- Hay una organización que nos respalda, la ANUC. Las tierras que trabajamos nos pertenecen, el gobierno dice que la tierra es para quien la trabaja, estas tierras eran de nuestros padres, de nuestros abuelos y hoy otros las tienen. En Cañamomo, en Cauca y Córdoba, los campesinos las están tomando y el gobierno está en la obligación de entregársela a las familias. ¿Qué hacemos? tenemos la posibilidad, Comentaba Silvio a sus mayores y a la Comunidad.
- Hay que analizarlo con calma y bien. Aquí la gente se mueve con la iglesia, y los colonos son amistosos, los quieren, vea que les dan trabajo, les pagan..., le respondían dando a entender que en San Lorenzo no sería posible organizar a la gente para tomar las tierras de los latifundios.

Aunque sí comprendían la explotación feudal en los latifundios de Supía. La consigna “tierra para el que la trabaja” fue histórica para incentivar a los cosecheros<sup>21</sup> para que tumbaran el monte y picaran los potreros de los latifundios en donde trabajaban y entregaban sus vidas, las de sus hijos y esposas. “Todos hablaban de sus padecimientos en los latifundios y las humillaciones que sufrían de los patrones”. El mayor Benjamín Tapasco, que se llama a sí mismo analfabeto político antes de las tomas de tierra, dice que “más y más iban llegando, iban creciendo los fogones porque empezamos

---

<sup>21</sup>Indígenas que arrendaban tierra en los latifundios de Supía a la tercera.

a atizar la hoguera. Fue despertando la llama de la conciencia de las cenizas y los carbones de un pueblo luchador que había que atizar”.

### **Un analfabeto político en las tomas de tierra**

Ahora han pasado 8 años desde que conocí al mayor Benjamín y aún no me canso de escuchar como él despertó su conciencia, y recuerdo siempre la primera vez que comprendí su historia, después de un par de veces de habérmela contado.

—¿Quién era en ese entonces?—, se pregunta el Mayor Benjamín mientras revuelve los fríjoles en la olla barro, que ya están calados y listos para servir, para poder contar. —Era un indio que creía ser campesino, inconforme por las injusticias y andariego porque me tocó—.

—¿Le tocó?—, le pregunté.

—Me fui a los 13 años de la casa, mi padre era muy drástico, prefería tener a otros trabajadores trabajando al lado que a sus hijos. Mi madre dijo: mijo es mejor que se vaya. No terminé la primaria, me fui. Estuve trabajando por Mudarrá, El Trocadero, La Clara, a la orilla del Cauca, por Martínez, por Matecaña, por la Celia.

—Eso es Supía, ¿en las haciendas, cómo cosechero?—, le volví a preguntar.

—Como todos los de aquí, ya no teníamos tierra. En cada hacienda había hasta 20 cosechaderos con 15 cosecheros y sus familias... Fui al ejército cuando tuve los 18 años y volví a los 21, seguí rodando de hacienda en hacienda, gastándome la plata tomando trago de contento y de aburrido por las mujeres, hasta que llego mi primo Mincho. Estaba casado, con dos hijos, y recién llegado otra vez por aquí, y dijo: —¡Todos los cosecheros se están tomando las tierras y los lotes después se los van a titular! ¡Vamos a tomarnos las tierras del Peñol! Todos están luchando por la tierra y no es sólo aquí, es en todo el país, y la Asociación Usuarios Campesinos nos apoya, ¿vamos a apoyar?—, me decía Mincho. —¿Y si nos sacan de las tierras?—, le pregunté. —Nos tomamos la Troncal de la carretera que

va para Medellín, pero esas tierras son nuestras; mañana salimos a las 4 de la mañana por Guamal a pie, a las 8 estamos allá–, me dijo. Me demoré una semana para decidirme, a los 8 días empaqué mis mechitas y arranque para allá.

En las madrugadas, en San Lorenzo, se veían “pequeñas luces en las montañas que parecían cucuyos”, pero eran “lámparas de higuera y petróleo”. Todavía no salía el sol, pero la gente ya desfilaba loma abajo. Salían los hombres, con sus esposas e hijos. Parecía *un desfile de hormigas arrieras*, pero sin reina, “bajaban a desalambrar los potreros, a levantar el pasto para sembrar comida y a resembrar en los cosechaderos que tanto habían trabajado”.

Los pies de Benjamín andaban presurosos por los caminos que tanto trochó desde pequeño hacia los cosechaderos. Llegó. Todos estaban haciendo actividades, nadie estaba quieto:

[...] armando ranchos, rompiendo potrero para despegarlo, haciendo hoyos para sembrar plátano, yuca, maíz, frijol y caña. Todos estaban divididos en comisiones de trabajo acordes a las necesidades, pero la mayoría estaba concentrada en una reunión, discutiendo la forma y los responsables de la recolección de alimentos.

Escuchaba atentamente y pidió hacer parte de la comisión. “Iban de casa en casa y donde pequeños comerciantes, explicando el trabajo que estaban haciendo y la importancia del apoyo. Llegábamos con maíz, frijol, ahuyamas y plátanos para el almuerzo”.

Caía el sol y todos paraban a descansar un poco para asistir a la reunión de formación de las 5 de la tarde. “Libardo Bañol nuevamente convocaba para que todos se reunieran en una pequeña caseta” hecha de guaduas e iracas, él era el organizador de la toma de tierras y un hombre de la tierra, como Benjamín y todos los que estaban allí. “Había líderes, campesinos, profesores, solidarios, que discutían apasionados los problemas del campo”:

- Compañeros, está es la situación del país: existen dos clases sociales, los opresores y los explotados, nosotros somos los explotados. Y, ¿cómo lo sabemos?, ¿quién me dice cómo es que trabajan los cosecheros o los arrendatarios? Así, habló el presidente de la ANUC.
- “Puuuus, a la tercera: uno va donde, por ejeeemplo, Martínez y le dice, tiene tierrita para sembrar y él le dice, ¡sí!, siempre tiene, no ve que tiene un poco de tierra y amontada. Y ya, uno siembra, y uno ya sabe que cuando sale la cosecha de cuatro bultos de maíz, 3 es para uno y 1 para el dueño de la tierra”, le respondió un Dávila de Tunzará.
- ¡Eso es explotación! Nosotros ponemos las semillas y el trabajo, ellos no mueven ni un solo dedo, retomó la palabra el líder de la AUNC.
- Sí, sí es cierto. Pero ellos son los dueños de la tierra. Ahhh, pero sabe que... no solo es la tercera, “cuando el patrón diga, tenemos que salir del tajo para ir a trabajarle de gratis, y hacer los trabajos que a uno lo pongan a hacer, no ve que no tenemos tierra, y a veces nos toca pegar con la mujer y los hijos para los cosechaderos y armar los ranchos por aquí”, complementaba un cosechero de Portachuelo.
- ¡Exactamente! Todos debemos tener lo justo por nuestro trabajo. “El terrateniente es rico porque él y sus padres engañaron a nuestros padres y abuelos comprándoles la tierra barata o haciéndolos aburrir: soltaban las vacas y se nos metían a los solares a comerse el maicito, y si uno les decía algo, que decía: ¡Pues véndeme y se acaba el problema!”, replicaba otro líder de Cañamomo y Lomaprieta.
- “Sí, sus riquezas son producto de nuestro trabajo, son los ahorros por no pagarnos ni un solo peso. Ellos no conocen el salario, y todo producto tiene un valor y ese valor se empieza a dar desde que compramos la semilla hasta que sacamos la cosecha. “Todo el trabajo, las herramientas, el tiempo de ustedes, sus hijos y esposas, cuidando hasta de las ardillas y loros



para que no se coman la cosecha, se lo roba el patrón por ser el supuesto dueño de la tierra”. Ustedes les dan la paga con el maíz y él lo vende, pero muchos de su parte de la cosecha se la terminan vendiendo a él a unos precios bajos, porque controlan hasta el comercio. ¿Y cuánto les pagan?, lo que le da la gana, porque ellos lo venden muuucho más caro. ¿Y para qué les alcanza?, para nada, escasamente para comer. Ninguno de ustedes ha logrado comprar casa y pagar una prenda de ropa. Hay algunos que son cosecheros y no son de aquí, vienen de San Lorenzo, a ustedes les pasó lo mismo, por eso están aquí, pero la tierra es también de ustedes, si nadie la trabaja la tierra estaría amontada, no daría comida y riquezas, y es justo que quien trabaja y da su vida por este pedazo de tierra pueda tenerla para que tenga una vida digna. Ese es uno de nuestros problemas y el fundamental: nuestro país es agrícola y, si no lo solucionamos el problema de la tierra, seguiremos de mal en peor”, les explicaba a los campesinos Montenegro, el presidente de la ANUC.

Benjamín escuchaba atentamente, cada palabra y frase, incluso pensaba que podían ser las suyas, era lo que había vivido. Pero no se atrevía a hablar, estaba extasiado por el trabajo colectivo y por lo que se despertaba en su conciencia, quería saber más. - ¡Sí nos explotan! ¿Pero por qué?, ¿qué otras formas de explotación hay?, ¿qué podemos hacer?; a veces se le aceleraban sus pensamientos.

Recibió

“[...] sus primeras cartillas, boletines de prensa, libros, cada vez que leía comprendía que no era aquí solamente en donde se luchaba, era en el mundo, en donde habían explotados había lucha porque había conciencia de quienes eran y del camino que seguirían. Escuchaba atentamente cuando los terratenientes hablaban, cuando los políticos hablaban, cuando se pronunciaban los líderes de la ANUC y el pueblo trabajador y podía ver de qué lado estaba

cada persona: unos nos querían seguir explotando y otros querían que nos liberáramos de los abusos que recibíamos.

“Había que estudiar mucho para comprender los problemas: leyes, decretos, luchas de otros países y pueblos”, se decía a si mismo Benjamín. En el día no podía, participaba de la lucha diaria; en la noche, a la luz de la vela se sumergía en las letras para aprender de la organización y la lucha. Amanecía y recibía el turno de 6 a 6,

“[...] unos araban, otros sembraban, unos hacían los ranchos y otros conseguían la guadua. Las comisiones de alimento salían a buscar la solidaridad de las casas aledañas. Durante 29 días, el rastrojo se perdió y la siembra prosperó. Sonaban flautas y tambores, los mayores fumaban tabaco para conversar con sus decisiones, noche tras noche.

Pasaron 3 semanas y finalizaba la cuarta. Los animales estaban ariscos, algo les pasaba. Estaban rodeados, entre los matorrales aparecían fusiles que disparaban para que todos salieran de los ranchos. Aparecía el humo y el terror corría con el viento, las casas ardían, sólo se escuchaban los tiros y los últimos gritos de los marranos, caballos y gallinas que se extinguía con el estallido del fusil y las balas en sus diminutos cuerpos. Los niños lloraban mientras las mujeres corrían con ellos en brazos. Nadie podía estar en pie.

—¡Todos en el suelo con las manos arriba!—, gritaban los militares.

Muchos temblaban y sus rodillas eran lentas para doblarse. La culata del fusil en la espalda y en la cara y la rodilla de los militares en las vísceras aceleraban la caída de los cuerpos al suelo. — ¡Eso le pasa a los roba tierras!—, le gritó el militar a uno de los tantos cosecheros, mientras le escupía la cara. Nadie entendía el atropello.

—¡Esa tierra es nuestra! ¡No la estamos robando!— Todos gritaban alzando sus voces que antes tragaba con dolor las injusticias.

“Con sus botas, bolillos, puños, codos, rodillas y fusiles callaban los militares y policías con sangre sus voces y deseos de luchar”. Derrotados, fueron “arriados como ganado con insultos y la amenaza de disparo de los fusiles hacía la carretera”. Los esperaban “las volquetas de Riosucio y Supía, custodiadas por la policía”. –¡Ustedes no saben que existe la propiedad privada!, ¡que hay ricos y pobres!, ¡y que ustedes no son los que mandan–, gritaban desde las lomas los militares, que se sentían orgullosos por su canallada.

Volvieron a sus casas, pero no tenían “la cabeza gacha”, sabían que “esta lucha era larga y no era fácil”, total, no tenían “nada que perder, en cambio”, si continuaban y ganaban, tenían “mucho que ganar”. Don Silvio, los Chaurra, los Campeón, los Hernández, los Largo, los Motato, los Dávila, los Tapasco, don Luis, seguían convocando. No podíamos renunciar, les decían:

–Hay que seguir organizándonos mucho mejor, ¡la tierra es para quien la trabaja! Esto confirma que el pueblo está solo, la ley y la justicia está del lado de los terratenientes. Nuestra voluntad y ganas de sacar a nuestras familias adelante y recuperar la dignidad que nos han robado nos deben poner en pie, no tenemos nada que perder, en cambio tenemos mucho por ganar–, los alentaba Noel Montenegro, presidente de la Asociación Nacional de Campesinos.

Las tierras se siguieron tomando para recuperarlas. La Rueda, Benítez, El Peñol, San Pablo, La Trina y La Clara retornaban poco a poco a las manos de los “indígenas”. Aunque recuerda Noel Montenegro:

[...] En Santa Ana, la gente estaba dudosa de tomarse la tierra. Concreté una reunión con los cosecheros y con el ánimo enaltecido me reuní con ellos. Empecé contando el sueño que había tenido la noche anterior, fue casi como una revelación. Santa Ana había descendido de los cielos y atravesaba las tierras y alentaba a los campesinos para que siguieran tomando las tierras, y le había dejado ese mensaje, que les ayudaría si ellos empezaban a luchar por la

tierra. La gente tenía la boca abierta, los pelos de punta porque la patrona Santa Ana los alentó. Así, más fogones se empezaron a encender, a veces con la ayuda de los sueños y a veces con la fuerza de la indignación y el deseo ferviente de un mejor futuro.

El mayor Benjamín, no olvida que:

[...] El ejército del estado constantemente llegaba a las casas que eran cercanas o que colaboraba con las tomas de tierra a quemar las molindas de caña dejando solo cenizas de los entables en donde se sacaba la panela, los animales los mataban y las rozas ardían. Querían que nadie comiera, ni las familias ni los recuperadores de tierra. Los líderes tenían que esconderse porque querían doblegar su fuerza y/o escindir con su aliento. Pero, aun así, los fogones ardían.

### **Armando los fogones y la solidaridad con la lucha**

Para el mayor Benjamín, “los fogones son los grupos de personas claras, organizadas y con propósitos”. En San Lorenzo, las tomas de tierra no ardían, pero los cosecheros de San Lorenzo también luchaban en masa por la tierra en Supía. Los Usuarios de San Lorenzo se organizaban para no pagar impuestos, recolectar dinero haciendo ventas para apoyar las tomas de tierra, creando tiendas para centralizar la producción de alimentos en San Lorenzo y poder venderlos dándole mejores garantías a quienes los vendían y los compraban y oponerse a los politiqueros.

“Un fogón en Lomitas, otro en Piedras, en San José, Aguas Claras y Llano grande”, discutían los problemas del campo y la organización. Los mayores Silvio, Benjamín y Jesús, fueron donde Ovidio y Hermelina para invitarlos a hacer parte de la Asociación de Campesinos, porque estaban decepcionados de los godos y los liberales, eran reacios a los políticos y entendían que eran farsantes.

Nunca dijo que sí, solo decía, -sin falta: allá estaré en las reuniones. Hermelina, su esposa, asistía poco a las reuniones de la Asociación, sus niños estaban pequeños y debía cuidar de ellos. Ovidio escuchaba con atención a los líderes: “...la política es creada solo por un sector de la sociedad, por los que manejan la economía, la plata, así se protegen sus intereses... pero es el pueblo trabajador el que sostiene la economía, sin el trabajo de nosotros no hay nada... nuestro trabajo no es reconocido, a veces ni siquiera hay un jornal,... estas tierras eran de nuestros padres y abuelos, pero son otros las que las tienen, al paso que vamos no vamos a tener qué dejarle a nuestros hijos, todos arrancamos para afuera, ¿o no es así?, nuestra gente es la que más trabaja en los cosechaderos y anda tras las cosechas de café por todo el país jornaleando...”

No era un discurso que un doctor se echaba, no, eran los mismos campesinos e indígenas que querían que otros entendieran y comprendan que vivían en un mundo de mentiras e injusticias. Volvía a su casa mascullando las explicaciones sobre la política, el trabajo y la explotación. Mientras cenaba con su familia les explicaba lo que aprendió. Al organizar sus ideas cuando hablaba cobraba aun más sentido la razón de sus sinsabores. El carácter rebelde de su esposa, lo hacía ubicar con más facilidad aún las injusticias:

-Solo nosotros vemos la explotación, son muchas las injusticias... los viejitos tienen que esconder sus calabazos de guarapo, no, no es justo, por qué tenemos que agachar la cabeza cuando vienen las personas de otro lado, eso hacemos. Los políticos nos prometen el cielo y la tierra y nunca salen con nada, o sí, son ellos los que manejan los alguaciles, los mismos que persiguen el guarapo. Claro, mire mijo, es un negocio de ellos mismos, la licorera de Caldas necesita vender trago y si nosotros tenemos nuestras bebidas, ¿a quién le van a vender?... Ese inspector viene y anda con la palanca buscando el guarapo, después anda con dos alguaciles más cobrando el impuesto y siempre suben los precios, ellos manejan las

tarifas y esa plata para dónde va, para dónde, para sus bolsillos, ellos si andan bien vestidos y tienen las mejores fincas y negocios. Mire que hasta las tiendas la quieren quebrar a punta de impuestos.

–Mija es cierto... El compa Benja me invito a las tomas de tierra de Chapata. Los trabajadores de allá están recuperando las tierras, pero toca sembrar los colinos de plátano de noche, en el día hay mucha policía y es más difícil que nos saquen cuando ya todo está sembrado, le contaba Ovidio.

–Hay que recoger fondos para que ustedes se puedan mover, hay que apoyar la gente de Chapata; con las mujeres nos reuniremos para hacer comestibles pa' vender y ustedes nos ayudan prendiendo el fogón y pelando las papas–, replicaba doña Hermelina.

En Chapata no solo se tomaba la tierra. El mayor Benjamín dice que la estrategia mejoró:

[...] se “hacía propaganda al interior de San Lorenzo con Las Marchas Campesinas, más de 3.000 personas se movilizaron, entre campesinos, sindicatos y solidarios, para visibilizar la posición política y los problemas del campo e invitar para que la sociedad se uniera a la lucha y entendiera que no era la lucha de los campesinos, sino que el país estaba en crisis, “*todo estaba patas arriba*”.

Cuando me cuenta, siento que al mayor Benjamín no le pasan los años y que la guerra no le ha robado la fuerza, todavía tiene tono agitador y marca muy bien el trayecto de las movilizaciones, en este caso la del “*Orro*”:

“[...] pasamos por el Orro, Remolinos, El Cairo, Risaralda y luego nos concentramos en la Plaza Pública. Las consignas que agitábamos por la tierra eran: ¿de quién es la tierra?! Y la gente respondía: ¡De quien la trabaja! ¡Por la recuperación de la tierra! Todos decían:

¡Unidad, organización y lucha! ¡Vivan las marchas campesinas! ¡Viva la unión obrera, campesina y popular!”.



Marcha por la tierra, Riosucio, noviembre 12 de 1983  
**Fuente:** Colección personal mayor Silvio Tapasco.

En San Lorenzo se replicó, “las movilizaciones servían para concientizar la gente, reunir solidarios para apoyar la lucha de otros pueblos y de los sindicatos”. A Hermelina no le importaba que le dijeran “loca” por decir lo que pensaba, así trataban a los Usuarios, no comprendían el por qué había que apoyar a los sindicatos, la mayoría les preguntaba: —¿por qué había que zarandear el orden establecido?—, —¿cuál explotación?, gracias a dios tenemos un jornal, todo marcha bien. Otros se atrevían a señalarlos de subversivos, porque siempre participaban de las movilizaciones. - No, no

éramos subversivos, éramos la piedra en el zapato y nos señalaban para justificar la persecución; lo tenía bien claro doña Hermelina, ahora que lo recuerda.

La Marcha de los Usuarios se gestó; Benja, Ovidio, Clímaco y Hermelina organizaron a la comunidad para que todos los alimentos de la olla fueran de las mismas parcelas y por donde pasará la Marcha siembre hubiera limonada. El mayor Silvio hizo las recomendaciones desde lejos, porque si daba un paso en el territorio era hombre muerto, su cabeza tenía precio entre los bandoleros, varias veces las balas ya lo habían hecho correr y sentir que la muerte le respiraba los hombros. Hermelina cuenta bien que:

[...] Hombres, mujeres y niños participaron: Las Anas, Las Angélicas, Las Largo, Los Tapasco, Los Gañanes, Los Bueno... los Usuarios Campesinos de Chapata, del Kilómetro 41, Anserma, Valle del Risaralda, Supía, el Peñol, La Trina, El Trocadero y los sindicatos. La marcha empezó en San Lorenzo, paso a Pasmí, subió a la Loma y Arcón, paso a Veneros, bajo a San José, luego a Piedras bajo al Taparco y se concentró en Honduras y finalmente llegó a Aguas Claras.

–“Empezamos pocos, en el camino crecía la multitud, las personas se anexaban, no eran de la organización, pero se solidarizaban. Sonaban flautas y tambores y se alzaban voces y consignas. No eran 10 personas sin razón que estaban reunidas convocando y haciendo la marcha, iniciamos 500 y se concentraron al final de la movilización 2.000 personas”–, dice el mayor Benjamín.





Marcha de la Asociación Corregimental de Usuarios Campesinos de San Lorenzo. Sin fecha.  
**Fuente:** Colección personal mayor Silvio Tapasco.

El mayor Benjamín dio sus primeros discursos, “denunciando cómo habían acaparado los colonos las tierras del Resguardo, cómo la Asamblea departamental fue amiga de la disolución, de la importancia de la solidaridad con otros pueblos y la recuperación del territorio”. “Sin biblia en mano”, recorría el territorio de casa en casa buscando a los “más claros y curiosos” buscando armar más fogoncitos para recuperar las tierras, en sus andanzas lo acompañaban Clímaco, Hernán Zuleta, Jesús Antonio, Catalano, Silvio, Hermelina, Ovidio y Gilberto.

La comunidad no entendía la propuesta, o quizás sí, pero no quería vías del hecho dentro del territorio. Juntando las conversaciones de los mayores, más o menos esto era lo que conversaban mientras caminaban, trabajaban y se reunían:

–“Hasta la Bonilla es nuestra y la tiene un terrateniente que tiene ganado, ladrilleras y pequeñas minas a la orilla del río”–, comentaba Benjamín.

–Son lotes inmensos los que tiene ese doctor Uribe, Miguel Díaz–, replicaba Jesús Antonio.

–Los Marines también tienen mucha tierra; usted no, Clímaco, los otros, (Risaaas). Usted es antioqueño, pero es de los nuestros, lucha de la mano de nosotros, usted no es ningún colono, ni ningún terrateniente, hasta los pelaos suyos andan con nosotros... Es que no, no es justo, cuando subía me asusté, se está anchando Benjamín Olaya aún más, se apodero de todo Blandón, Aguas Claras, parte de Honduras y La Pradera–, dice Don Silvio

¡¿Pero, por qué la gente no ve?! Creen que un jornal les va a durar toda la vida, pueden trabajar su propia territa, antes no era así, o es que la gente ya no quiere trabajar aquí, por eso pega mejor para las ciudades y unos pocos apegaditos sí siguen, aunque sea jornaleando–, se cuestiona Ovidio.

–¡La gente quiere a los terratenientes por las chucherías! Cuando el doctor Uribe sube a Madagal y la tierra fría cambia la plata de billetes por moneditas de centavo y, al que se encuentra en el caballo, le dice: –vea mijo para que se tome un fresco o un mecatico–, y le da una moneda. ¡Los tiene comiendo de la mano! Ir en contra de ellos en estos momentos es un error, la gente aún no está preparada, no tendríamos lo más importante: el apoyo de nuestra gente, no tenemos políticas propias, mire que hasta el gobierno se nos echó para atrás–, le explica Benjamín a su compadre.

–Juum, eso es cierto, que en la ANUC están todos los del campo, pero no todos cabemos en el mismo costal, a los terratenientes también les dicen campesinos y esos jjuemadres son los que no nos quieren dejar organizar y recuperar las tierras. Compa estoy todavía caliente con lo que hicieron en ese Congreso de la ANUC–, Ovidio le contesta.

Benjamín, afirma y le agrega:

–Sí, estamos aquí o allá, o del lado de los pobres, que es la Línea Sincelejo, porque los cafeteros, que empezaron con nosotros haciéndose pasar por pobres, se reunieron en Armenia con otros

gremios de los mismos y armaron su propio gremio para no dejar que nosotros recuperemos nuestro trabajo y las tierras–.

–“Enseñémosle a la gente a auto-sostenerse, mire como las tomas y las marchas nos funcionan, si nos quedamos esperando al gobierno no hacemos nada, hagamos una cooperativa, podemos comprar los productos de aquí y los vendemos aquí mismo y traemos algunas cosas de afuera”.

“El Taparco es central”, donde Clímaco–, propone Silvio la realización de una tienda de los Usuarios.

–Diga no más, y desocupo una de las piezas y ahí empezamos la tienda de los Usuarios–, le responde sin dudar, en su tono amable y solidario, Clímaco.

Todos estaban animados con la idea de la tienda y la Cooperativa. Iniciaron “estudiando el funcionamiento de las cooperativas: la organización interna y con la comunidad, los reglamentos y principios que rigen, los socios, los aportes, el mercado, las ventas...” Discutían e iniciaron haciendo los aportes iniciales de 300 pesos y acogiendo a los productores de la región como socios, así lo cuenta el mayor Benjamín:

- “Nos tocó hacer una explicación, hicimos el rancho para hacer una bodega, después organizar una carnicería, matamos un marrano y nosotros íbamos palo arriba, montamos tienda en San Lorenzo, semanalmente vendíamos 5 millones de pesos hace más de 40 años. Los créditos en Riosucio eran de 3 a 4 millones, ya no era un wilis que nos surtía, sino un camión, no eran 3 bultos de papa sino 10 bultos, y así por cantidades de maíz trillado. El que iba a comprar encontraba hasta una aguja. Y “*terminamos vendiendo no hay*”, nos fue quebrando la gente del monte que nos robaba los productos”.

“Liquidamos, pagamos a los socios y quedamos con unas cosas muy mínimas, y la tienda la pasamos para donde el señor Fernando Motato, de San José. Nos pasamos porque no

teníamos con qué pagar el arriendo, él nos dio un lote allá y montamos el chucito. Empezamos con cosas poquitas, como libras de arroz, y nos fuimos recuperando, hasta que recuperamos las Acciones de cada uno. En Costa Rica llamamos a los socios y les devolvimos las acciones, para mí y Silvio no alcanzó, a Clímaco le pagamos con un poco de envases viejos y a Don Fernando le quedo el ranchito. Fue muy duro, fueron casi 8 años de lucha, estábamos cerca de conseguir personería jurídica, pero al menos no quedamos con deudas”

### **Las fiestas del campesino**

Cada año, en agosto, se unían la fiesta de San Lorenzo con las fiestas del campesino, los Mayores Hermelina y Ovidio lo recuerdan bien:

Eran 3 días en donde el cura celebraba las misas, los artistas se lucían con sus versos, violines y guitarras, las cuadrillas sacaban disfraces, bailaban las mejores danzas, la especialidad: la caña, en bambucos y pasillos. Los Tapasco de Pasmí se lucían: Josefina Aricapa con su esposo eran los mejores bailarines, sus hijos y padre los mejores en la guitarra y el violín y ni hablar de su voz. Boanerges tenía los mejores versos y poemas. Había muchos artistas. Las mujeres más bellas de las veredas se paseaban sobre los carros esperando ser la reina. Los políticos llegaban a abrazar la gente y dar regalitos a los campesinos.

–“Regalitos, eso es lo que no me cuadra. Mírenlos allá subidos, los políticos y los terratenientes son amigos, dándose palmaditas mientras se ríen de nosotros... son felices emborrachándonos y embobándonos con regalitos. Los dichosos regalitos no nos los dan a nosotros, se los dan a ellos para que después nosotros vayamos a trabajar en sus fincas a cambio de un palín y un machete”–, le decía indignado don Ovidio a su hermano.

–Cálmate Ovidio, no podemos hacer nada–, le respondió.

Una mujer mayor se acercó a la personera municipal a pedirle uno de los regalos que traía la Alcaldía:

–“Doctora, regáleme una peinillita, yo soy viuda y sola, no tengo con que comprar una herramienta de trabajo”–.

“La funcionaria la miraba con desprecio, con asco de verla en sus harapos” y sonrió sarcásticamente. “Conocía la situación de aquella mujer, todos sabían sus dificultades. Sacó de su bolso una peinilla con la que seguramente peinaba cabello y se la dio...”

–“Señora, es para trabajar, para volcar machete”–, le explicó tímidamente, al ver que no era lo que esperaba.

“La funcionaria se volteó y, sin hacer gesto de escuchar, se sentó de nuevo cerca del alcalde, los terratenientes, los demás políticos y funcionarios”.

–“¡No es justo! Mire lo que le hizo a esa mujer, eso es una injusticia, aquí vienen los políticos es a gozar con nosotros... recogen dinero en las veredas para esta fiesta, traen herramientas de trabajo como regalos para nosotros y se las dan a los dueños de las fincas, los que tienen más poder, los que tienen la vara con ellos. Esas herramientas son para que nos las repartan a todos y no para cambiarla por trabajo, ni humillaciones... mano, si usted me da permiso, me subo y reparto los regalos entre la gente”–.

–“Quuué, ¿si es capaz? Hágale que usted no está solo, nosotros lo apoyamos”–, le respondió el hermano.

Ovidio caminaba entre la gente. De oído en oído, los Usuarios se decían que Ovidio iba a bajar de la tarima los regalos para entregárselos a la gente y debían cuidar que no hubiera un accidente. “Llegó pausadamente, pidió permiso para subir y hablar con un funcionario, subió y tras él 4 compañeros

más y la gente estaba lista, a la espera de la hazaña”. Dijo “buenas tardes, de manera cordial”, pero con desprecio. Ninguno de los buitres entendía que hacía él ahí. Sus rizas se detuvieron secamente, cuando dijo que iba a entregar el mismo los regalos a los campesinos:

–“Ustedes se están burlando de nosotros los campesinos, así no se reparten las cosas, si esto es para la gente, dénselo a la gente”–.

Hermelina revive ese momento como si fuera ayer:

Todos se acercaban a la tarima para recibir las herramientas de trabajo que él devolvía a sus manos. “Nadie pudo impedirlo, los mismos campesinos se encargaron de obstaculizar la movilidad de la fuerza policial y de los buitres”. Al terminar de entregar los regalos, rápidamente Ovidio bajo de la tarima y se fue para su casa. Los policías forcejeaban para poder atrapar los supuestos “ladrones”. De los camiones bajaban policías, los refuerzos para atacar al pueblo y detener el robo que según el alcalde se estaba presentando. Al finalizar la tarde, la mayoría corrían apresurados hacia sus casas y otros, osados, se defendían de las agresiones de la policía. Y Ovidio recobraba el aliento en casa. La fiesta terminó con golpes y una gran trifulca.

Al día siguiente, la madrugada era clara. Ovidio caminaba hacia el trabajo. El Inspector avanzaba apresurado para encontrarlo por uno de los caminos que siempre transitaba hacia sus lotes, estaba ansioso por ponerlo tras las rejas por los supuestos robos del día anterior. Lo cierto es que Ovidio “nunca se llevó nada ajeno para su casa”, consideraba que “podía trabajar con su tienda y la tierra para comprar sus herramientas y que otras personas no tenían sino sus manos para jornalear”. Sus principios no le permitieron quedarse con alguna de las herramientas que bajo de la tarima.

Lo retuvieron, explicándole los cargos. Ovidio explicaba una y otra vez que no tenía nada ajeno en su poder, pero sus palabras entraban en odios sordos. “El Inspector disfrutaba ver los indios en los

calabozos aguantando hambre”. No hallaron evidencia alguna de robo; “pasó por encima de la ley, fue todo lo que dijo el Inspector para sancionarlo a dos días de calabozo sin comer y sin beber agua”.

Pasaron escasamente dos semanas, dice Hermelina:

[...] Se escuchaban risas y el viento traía el inconfundible olor de la marihuana, que se desprendía del humo que arrojaban los soldados que descansaban en el puente para subir a la caseta de Lomitas. Las mujeres reían en la cocina, los hombres prendían el fogón y pelaban las papas y los ancianos reían de sus historias tomando guarapo. Entro un militar y arrojó al suelo a un anciano, le gritó:

–Diga: ¡abajo los Usuarios Campesinos y arriba la policía y el ejército!–.

Todos temblaban, de la boca de la gente no salía ni una sola palabra. Volvió a gritar, mientras pegaba al anciano con la culata del fusil y lo amenazaba apuntándole:

–Diga hiejuputa guerrillero, diga: ¡Abajo los Usuarios!–.

Nadie contestaba. Los militares solo sabían gritarles “subversivos”. Reunieron a todos para quitarles las supuestas armas: “cuchillos de cocina y los machetes de trabajo”. Las mujeres estaban indignadas porque sus esposos eran sumisos, temerosos y permitían que los golpearan, insultaran y hasta los señalaran de subversivos. Ellas gritaban desde la cocina sin poder salir:

–¡No estamos haciendo nada malo!–.

–¡¿Ustedes porque permiten que los atropellen?, tóquense, ¡ustedes también son hombres!–.

Algunos escaparon para defenderse y detener el atropello con las piedras de balastro que iban a destinar para la construcción de la escuela. Las mujeres lograron salir de la cocina. Sus pequeños cuerpos intentaban pasar entre los militares y la trifulca para coger a sus hijos y a los ancianos. Hermelina forcejeaba con un militar para que dejara de golpear a su suegro, un hombre mayor. El bolillo del inspector se acercó contundentemente a su cuerpo. Solo sintió un duro golpe en la espalda

y cayó sobre su vientre, que llevaba una criatura dentro. Lángara, un líder de la JAC de Lomitas, sin ocultar su simpatía con los militares, desde un alto apuntaba los nombres de quienes estaban en la caseta.

Ovidio, a lo lejos, vio a su esposa levantándose del suelo y a su padre frotándose el cuerpo golpeado como si le fuera a mermar el dolor. Se acercó apresurado.

—¿Mija, está bien?, vámonos para la casa—.

Cogieron camino a bajo. No se sentía bien, pero no le decía a su esposo. Siempre tenía mucha energía, sin importar el cansancio, pero ya no la tenía, sentía que su cabeza iba a estallar de dolor. “La trifulca terminó cuando todos huyeron despavoridos”. Algunos quedaron en sollozos diciendo que no eran subversivos y no conocían el paradero de ningún subversivo.

- Al finalizar la tarde, una lista de 120 personas que estaban en la caseta llegó a manos del Cabo que dirigía el escuadrón que tenía como perímetro Lomitas. Él espero paciente la noche para enviar sus soldados a las viviendas donde dormían las personas que aparecían en el listado. En medio de la oscuridad subían por los caminos cuadrillas de soldados, invadían las casas e irrumpían el sueño con el llamado amenazante: —Salgan con las manos arriba, hijupueputas guerrilleros, ... a la cuenta de 3 entramos—”, recuerda Ovidio que los militares los llaman así.

Invadidos de miedo, hombres y mujeres, escasamente tenían tiempo de cambiarse la ropa de dormir y salían de sus viviendas rápidamente para que sus hijos no fueran agredidos. Entraban, revolcaban las casas buscando armas sin hallarlas.

—¿Dónde están?!, preguntaban los militares—.

Obtenían solo un: ¡no hay! ¡Solo hay herramientas de trabajo!

—¡Cojan camino!—, ordenaban los militares, intimidando con sus fusiles.



“En medio de la oscuridad llegaron a una volqueta. Uno a uno fue subido. Los motores de esos aparatos encendieron con 92 personas y cogieron rumbo a los calabozos de Riosucio”.

El sol aún no iluminaba y Hermelina ya terminaba de preparar los desayunos y almuerzos de sus hijos y esposo para poder ir a Riosucio para asistir a la cita médica de control de embarazo. Estando allí, aprovechó para ir a la Estación de policía para denunciar los abusos y los excesos de la fuerza pública. Pero las retuvieron en el calabozo, al igual que a su suegra y amiga, acusándolas de ser las que propiciaron el alboroto del día anterior en Lomitas. Los agentes se paseaban de un lado a otro, preguntándole por Ovidio, su esposo; habían ido a buscarlo a la madrugada y no estaba. Solo respondió que habían madrugado:

–Me vine para el pueblo y él y mis hijos se fueron para el trabajo,... porque en el campo la jornada de trabajo inicia a las 4 o 5 de la mañana... Los soldados fueron los que llegaron a agredir a las personas que estábamos allí, ellos estaban borrachos y con marihuana en la cabeza, nos insultaron gritándonos subversivos.

Caía la tarde y ella no tenía nada nuevo para decirles a los policías. Cada vez que le preguntaban, repetía la misma historia, al igual que todos los retenidos. “Ovidio debía presentarse en la estación”, le decían los policías. A las 6 de la tarde salió de la Estación escoltada de dos policías hasta el puente que subía Lomitas y dejaron que continuará el camino sola. Su familia estaba preocupada, ella estaba indignada, pero pausadamente le explicó a su esposo lo que le había sucedido y la condición con la que había salido: él debía presentarse en la estación de policía. Ovidio sin dudarle a las 5 de la mañana tomó rumbo a la estación de policía.

Solo bastó con decir su nombre para que su cara y pecho estuvieran refregados en la pared y fuera arrastrado al calabozo. Lo entrevistaban acusándolo de herir al inspector. Pero él decía:

–¡Fueron ellos!, todos estábamos trabajando. Ellos subieron borrachos, habían estado en el puente fumando marihuana y tomando aguardiente. Nadie tenía armas, los cuchillos de cocina estaban ahí porque ayudábamos a nuestras esposas a pelar papa y yuca y todos los cuchillos y machetes fueron decomisados cuando ellos ingresaron. Solo teníamos balastro en las manos–.

Un par de policías no creía sus palabras, lo sacaron de la estación y lo llevaron a tomar tinto.

–Lo vamos a mandar en una volqueta para Armenia para que pague en la cárcel de allá–, le decían.

No era él, no tenía nada más que decir sino: –¡yo no fui!–. Lo subieron en una volqueta y le decían:

–Hermano, colabore, sabemos que usted fue–.

–No fui yo, yo no fui–.

Le gritaban:

–¡Fue usted! ¡Fue usted! Confiese que por las buenas le va mejor–.

Se mantuvo en su palabra. El día avanzaba y no podían detener más tiempo a tantas personas. No había nada nuevo en los testimonios, era las mismas historias. Prendieron los jeeps y salieron como floreros llenos de personas que iban de nuevo hacia sus casas, todos tenían el boleto de libertad y debían asistir a entrevistas cuando fueran llamados. Un cuerpo de soldados y de policías los detuvo llegando a la entrada de San Lorenzo. Tenían enfrente a Ovidio, lo bajaron del carro y lo llevaron a la Estación de policía Corregimental y detrás de él a las 96 personas más que habían estado detenidos sin razón. Lo acompañaban en caravana.

Lo acompañaban en caravana.

–Un momentico, a mí a la celda no me meten, mire mi boleto de libertad–, les habló airoso Ovidio.

Los policías quedaron atónitos al escucharlo.

–Vine por las herramientas de trabajo, ustedes nos las decomisaron y tienen que devolvernos las peinillas y los cuchillos de las cocinas.

Los uniformados no pudieron chistar, no eran armas las que tenían decomisadas. Con disgusto las entregaron y los dejaron coger carretera arriba. Pero los uniformados siempre veían en Ovidio un hombre a desconfiar.

### **Los curas falsos y la recuperación del Dagua**

¿Caminaban misioneros en San Lorenzo o curas doctrineros?, en eso pensaban quienes los veían pasar a través de un agujero de las guaduillas de sus casas. “Los curas preguntaban en las reuniones por los Usuarios Campesinos, hasta que dieron con ellos y lograron ser invitados a una reunión en Llanogrande”. La gente no creía en la divinidad y buenas intenciones de los curas, al comprender que ellos se estaban apoderando del territorio a cambio de la fe en dios. Quedaron sorprendidos al momento de escuchar su presentación cuando dijeron que:

–Buenas tardes, somos el padre Iván Cárdenas, el padre Gonzalo Uribe y cura Zamora, estamos aquí por amor al prójimo. Nuestra misión y deber es apoyar la lucha del pueblo por su libertad...–.

Los mayores señalan que:

[...] los curas eran diferentes: acompañaban los convites, no confesaban ni permitían que le contaran los pecados, después de las jornadas de trabajo se reunía alrededor del fuego con hombres, mujeres y niños. Mientras los plátanos maduros asaban, hablaban del amor a dios y la importancia de la lucha de los campesinos por hacer valer los derechos, las costumbres, la tierra y la comida para los hijos y las familias. Todos comprendían las misas porque no

alardeaban en latín, ni las daban como un sermón, ni como una retahíla que repiten de memoria.

Los Mayores con los que compartí y trabajaron con los curas de la SAL nunca olvidan que “el cura Cárdenas, con tranquilidad y fuerza”, les enseñó que “los mayores pecados son dejar morir los hijos de hambre y resignarse con la felicidad en el más allá”. Recuerdan que:

[...]San Lorenzo es un pueblo pequeño y hace 40 años lo era aún más. Prontamente llegó a oídos del cura Ortiz la noticia que habían otros sacerdotes haciendo misa y hablando de dios. Ortiz habló en algún momento con ellos, pero les exigió la recolección de los diezmos y, exaltados, se negaron, acusándolo de sinvergüenza, ladrón del pueblo y miserable, por ser él quien propiciaba que los niños murieran de hambre al dejar las familias sin dinero y sin tierra con sus excesivos diezmos. Ortiz no toleraba que alguien negara a seguir su voluntad. En cada misa, con su tono recalcitrante, alertaba a los feligreses señalando a los curas que andaban el territorio de ser curas falsos y estar malversando y pervirtiendo la palabra de dios.

Las Cooperativas de los Usuarios en San Lorenzo seguían creciendo y los curas la fortalecieron llevándolos a conocer,

[...] las Cooperativas Multi activas de Remedios, Amalfil, Yolombo, Cisneros y Yarí. Cada mes iban Medellín, Cisneros, Santo Domingo y Guadalupe para aprender y trabajar con los productores, especialmente los paneleros. Benja estuvo reunido discutiendo con ellos las cartillas que debían contener el proceso de producción desde la preparación de la tierra, la elaboración de los surcos, la siembra, el plateo de deshierbada, la cortada de la caña, el transporte hasta la molienda, la extracción del jugo de la caña en el trapiche, el proceso de hervido en el horno, la revuelta y la puesta de la panela.

–¡No hay tierra para trabajar! ¿Qué hacemos?–. Los Mayores se seguían preguntando una y otra vez.

–Recuperar las que han sido de ustedes, el Dagua es de ustedes. Los santos no tienen tierra, la tierra pertenece a quien con sus manos la trabaja. Esa Montaña es de la iglesia por donación, pero tiene 18 años de abandono, nadie sube a trabajarla, ni para sembrar ni talar árboles para sacar madera, ahí se aplica la extinción de dominio–, decían los supuestos curas falsos.

El mayor Benjamín dice que:

“Nuevamente volvieron a subir 5 familias hacía la montaña para trabajar: los Gañanes, los Aricapa, los Marines, los aserradores de Gapito y los Tapasco. A las 2 de la mañana subíamos hombres, mujeres y niños desde Llanogrande, con canastos llenos, repletos de trastos, ollas, cucharas y mercado hacia el Dagua. A las 9 de la mañana llegábamos. Los árboles eran altos, finos y espesos, la tierra era oscura y esperaba recibir las manos y azadones de los trabajadores y sus semillas pues aquellos ya sabían muy bien como trabajar la tierra sin lastimarla. Las cachas, habas, chochos, auyamas, crecían sobre los árboles, las güimas abundaban en cosecha, al igual que la carne de guaguas, coatínes, gallinas y gures.

Escasamente pasaron 2 meses y ya 20 familias conformaban las unidades de trabajo del Dagua, con cultivos de frijol, maíz, mora, cebollas y hortalizas. Mantenían abundante leña y carbón y, gradualmente, a su tiempo crecían y retoñaban los frutos del trabajo. Los curas falsos hacían parte de los Sacerdotes para América Latina y apoyaron la producción: consiguieron una motosierra en donación de Holanda, traían víveres y semillas y ponían a disposición sus manos para los quehaceres y destinos que hombres, niños y mujeres realizaban.

En los tumultos de los domingos en la plaza del pueblo, en el pulpito de la iglesia, en las reuniones de las Juntas de Acción Comunal, en los pasillos de la Estación de policía, se escuchaba decir que unos curas falsos y unos indios roba tierras estaban en el Dagua quitándole a la iglesia este lote. La policía recibió la orden del cura para subir y detenerlos. Llegó una cuadrilla de policías exigiéndoles a los labradores que mostraran todo lo que tenían cultivado. Exaltados exigían que les mostraran los cultivos ilícitos y las escrituras del lote, pero no hallaron ni lo uno ni lo otro, solo quedaron satisfechos cuando tumbaron y quemaron los ranchos de las familias y los obligaron a desalojar la propiedad privada de la iglesia.

Benjamín quedó indignado, pero no actuó con grosería, creía que actuaba bien y tenía cómo sustentar con otro tipo de funcionarios que era legal lo que hacía. Organizó los productores con sus familias para bajar a la inspección de policía de San Jerónimo, que era más cercana. “Todos bajaron con sus canastos sobre sus frentes, repletos con alimentos que producían, las cargaron las bestias con madera y carbón, y las 20 familias hicieron presencia en la Estación”. El inspector Leonardo Bueno, era un hombre grosero y ordinario y fue él quien recibió la presencia de Benjamín y de las familias que rápidamente llenaron los pasillos, el patio y la oficina. Despóticamente los saludos y “exigió el título de propiedad del Dagua”. Y Benjamín, elocuentemente le respondió:

–No hay tal título, ni de la gente, ni de la iglesia. Ese lote hace parte de un resguardo que fue disuelto y no fue parcelado. Las familias de aquí tenían sus cosechaderos y sacaban las maderas de allí, ellas fueron las que donaron para la extracción de madera hace más de 30 años, y lleva 18 años sin ser labrado, es por ello que cualquier persona de este territorio puede exigir una extinción de dominio... –.

Nadie había imaginado que un hombre de piel curtida por el sol, sombrero redondo y de una estatura que no superaba 1.50, tuviera tanta grandeza, fluidez en la oratoria y conocimientos técnicos sobre

la propiedad. Pero ese era Benja ahora, ya no era un “*analfabeto político*”. Hábilmente, le seguía exponiendo:

[...] las leyes de la reforma agraria, las funciones de la Asociación de Usuarios Campesinos, los derechos que tenían como agricultores y las actividades que diariamente realizaban. La ignorancia que ha identificado a los policías y militares brillaba en esos momentos, no conocían la historia de la comunidad, no sabían de decretos, normas, derechos, solo sabían cumplir normas y ordenes que eran inducidas por los gamonales para atropellar el trabajo y la organización.

–Mire, mire, lo que trabajamos honradamente: comida es lo que sembramos, solo sacamos maderas y carbón–, le seguía explicando al inspector, reclamando su atención y comprensión.

Ese día lograron persuadir la autoridad del Inspector y temporalmente pudieron trabajar tranquilos,

[...] hasta que la sombría visita de los policías llegaba al Dagua de nuevo, dañando los trabajos, insultándonos y relacionándonos con la guerrilla. Cuando bajábamos a los caseríos y al pueblo a vender los productos, la gente empezaba a evitarnos y algunos nos señalaban de subversivos. Después de un par de años, los ánimos se fueron apaciguando, casi que extinguiéndose.

La persecución no solo fue para los campesinos que trabajaban el Dagua, ni para la Asociación de Usuarios Campesinos, sino que también se extendió hacía los Sacerdotes que hacían parte de la SAL. Iván Cárdenas, fue buscado como un delincuente al, supuestamente, suplantar al cura párroco oficializando misas, por agitar a la población, en causándola hacía el inconformismo y el reclamó de derechos y al apoyar abiertamente los Usuarios del Campesinos y la extinción de dominio que lideraban en el Dagua y los lotes de la parte alta, que la iglesia se había apropiado con engaños.

Un día de tantos en los que estaban reunidos en Lomitas,

[...] hace por lo menos 39 años atrás, el cura Iván Cárdenas estaba finalizando la misa y conversando con los asistentes. La serenidad que había en el espacio se ahuyentó. La policía militarizó todo el lugar, enunciando que tenían la orden de capturar al cura Iván Cárdenas. Mujeres de todas las edades lo rodearon, tomándolo del brazo, Clemencia, una mujer que superaba los 80 años les gritó:

–Si se lo llevan a él, nos tienen que llevar a todos–.

Junto con Sara Gañán, se aferraron a las otras 10 mujeres y agitaron a los 50 feligreses que compartían espacio con el cura. Sin dar tiempo a los 12 uniformados para comprender lo que sucedía, todos estaban armados con piedras, palos y machetes para impedir que alguno osara a tocar al “padre Iván Cárdenas”. Todos estaban tensos, menos el cura. Pausadamente se dirigió a sus defensores:

–Pueblo: tranquilos, cálmense, aquí el pueblo es el que manda, ustedes son los que saben y pueden dar fe de quién soy yo. Si debo irme, ustedes son los que deciden, porque no le debo nada a nadie–.

“Los policías conocían muy bien la fuerza de la gente y el aprecio tan profundo que tenían por el cura”. Razonablemente, los hombres de uniforme le pidieron “que al día siguiente se presentará en la inspección de San Lorenzo y se preparará para ir a Manizales en donde tenía que responderle a la justicia”. Una Comisión de 5 personas estuvo acompañando al cura durante 1 semana mientras esclarecía a la justicia las demandas que recibía en su contra.

### **La división con la ANUC**

El mayor Silvio y el mayor Benjamín señalan que:

[...] la unidad con el movimiento campesino fue fundamental, pero el surgimiento del Consejo Regional Indígena del Cauca en 1971 fue una buena enseñanza para demostrar que



el movimiento indígena tenía fuerza y no tenía que estar subordinado de la dirigencia de la ANUC. Los pueblos indígenas del Cauca decidieron hacer deslinde con la ANUC para generar su propia organización en el Consejo Regional Indígena del Cauca -CRIC-, bajo sus propias consignas, plataforma ideológica y de lucha. No solo era la lucha por la pequeña propiedad privada, por la tierra en los resguardos y los Cabildos, sino que se alzaban las banderas por la unidad de los pueblos indígenas, la recuperación de la territorialidad, el fortalecimiento de la cultura y la lucha por la reestructuración social y económica.

En los 80s, los intereses eran recuperar la tierra y la soberanía y lograr la autodeterminación de los pueblos, reestructurando los aspectos sociales y económicos desde las diferentes nacionalidades indígenas, bajo los principios de unidad, tierra, cultura y autonomía.

“Esta década fue época de tensión y confrontación ideológica”, el movimiento indígena sacó a flote “las reivindicaciones específicas”; las divisiones de la ANUC permitieron ver a los mayores, las diferentes facciones: organización estrecha, dogmática, excluyente y burócrata. La dirigencia de esta organización entendía como masa uniforme a los “indígenas” e igual a los campesinos. El mayor Silvio señala que

[...] las contradicciones se agudizaron cuando esta organización no respetó las formas indígenas de tenencia y trabajo de la tierra, como, por ejemplo, fueron considerados como atraso los Resguardos y la recuperación de bosques y montañas porque tenían una visión mercantilista de la tierra y primaba la pequeña posesión privada de la tierra en la ANUC.

El IV Congreso de la ANUC que se realizó en Magangué, Tomala (Sucre) es recordado por el mayor Benjamín,

[...] porque se hicieron denuncias graves sobre la persecución militar al movimiento, el apoyo del gobierno hacia la línea armenia, que recogía a la clase terrateniente del país y el

descenso de la participación masiva de los pueblos indígenas, a tal punto que los indígenas nos retiramos del espacio. Después de eso, pocas organizaciones indígenas continuaron en la ANUC. Aunque en general se dio tal ruptura, la mayoría de las organizaciones, como la de Caldas, siguió participando hasta que en 1981 surgió la Organización Nacional Indígena de Colombia -ONIC- y el Consejo Regional Indígena del Occidente Colombiano -CRIDOC- que conglomeró a los indígenas de Antioquia, Risaralda y Caldas.

### **La reestructuración del Cabildo**

Hubo solidaridad constante entre los sectores populares y el movimiento indígena del Cauca; Silvio viajaba constantemente al Cauca, En plenos 80s, Trino Morales, repetía una y otra vez, el “Cabildo (San Lorenzo) estaba vigente, que la nulidad no era legal porque el Resguardo estaba Escriturado y (el gobierno) no tenían razones para disolverlo”. El mensaje de Trino entro en tierra fértil, alentó una nueva lucha del mayor Silvio: la reactivación del Cabildo en San Lorenzo y la movilización de los otros Cabildos en Riosucio.

El Mayor Silvio venía frecuentemente, pero sin poder estar mucho tiempo, aún las balas lo acosaban. Planteó a los líderes comunitarios, como:

[...] Clímaco Marín, Ovidio Gañán, Hermelina Gañán, Hernán Zuleta, Jesús Antonio Gañán, Pacho Betancur, Benjamín Tapasco, Darío Marín, las Largo, Sara Gañán, Julio Tapasco, Néstor Julio Tapasco, Jairo Omar Gañán, una nueva organización en Cabildo para poder recuperar el territorio, generar bienestar en la comunidad y mantener los conocimientos de los ancestros, bajo el régimen de las leyes especiales del estado para indígenas. Había muchos beneficios, entre ellos recuperar las tierras, tener una organización política y no pagar impuestos.

Cuando se reorganizó el cabildo los títulos del resguardo aún no se habían encontrado y la alcaldía de Riosucio no dio legalidad a la nueva organización; el Resguardo Indígena de Nuestra Señora Candelaria de la Montaña, colindante de San Lorenzo acogió a San Lorenzo como Cabildo menor durante dos años. Beto Trejos, “*Carranga*”, el líder conservador de las JAC, el politiquero de turno, se reía a carcajadas, parlotando que “los indios no sabían de organización”, cuando escuchaba que el mayor Silvio y algunos líderes “indígenas” de la ANUC estaban proponiendo otra organización a la población. Afirmaba, que “si se formaba escasamente duraría dos años”, y que “no había indios, nadie hablaba una lengua diferente al español”.

Las palabras de “*Carranga*” han perdurado, aún mantiene su posición al igual que otros sectores de su clase, en Riosucio, repiten como loras este discurso que recubre los intereses de dominación de su clase: explotación.

Para los mayores no fue fácil cohesionar a su pueblo; el nivel de clientelismo, estigma y persecución era tanto, que la gente no lograban entender cómo podía existir una organización que no diera dadivas y no perteneciera a la guerrilla.

[...] Ser “indio”, “en ese momento fue peligroso”, en los imaginarios estaba la noción de que “ser “indio” era de izquierda y ser de izquierda era de la guerrilla”. La iglesia logró sembrar en la cabeza de las personas que los “indios” eran atrasados, salvajes y pecaminosos, muchos se negaron a reconocer las raíces, aunque demostrará lo contrario la vida cotidiana las costumbres de tomar chicha, las formas de siembra y trabajo, los rasgos físicos, la forma de hablar, la comida.

Se propiciaban espacios políticos, aunque, los grupos armados no permitían que hubiera. El sol se desvanecía, y en las casas de reunión, los oídos de los opositores solo escuchaban risas, veían pasar

chicha y mujeres fritando empanadas. Pero el fogón ardía con las discusiones; la noche era corta para discutir que el pueblo vivía en las tinieblas de la costumbre, la resignación, la aceptación de los abusos, la represión de la policía, los excesivos cobros de impuestos, el aprovechamiento de los colonos comprando predios a bajo costos, las mentiras de los políticos de los partidos tradicionales, la discriminación, la humillación y el reclutamiento de los jóvenes por el ejército, que en muchos de los casos no volvían porque encontraban una fuente de empleo o morían siendo carne de cañón del estado.

Al día siguiente reanudaban los trabajos y casa a casa, fogón por fogón, explicaban la importancia de la organización “indígena”, así, durante varios años. La conciencia se fue expandiendo y el espíritu de organización se revitalizó y gradualmente fue acogido el cabildo. Un nuevo período se abrió durante los ochentas y los años posteriores: masacres, arremetidas del ejército del estado, los paramilitares y las guerrilleras, amenazas, organización cafetera, comercio justo, derechos especiales, educación propia, rescate cultural, etc., etc., Las nuevas generaciones tenemos pendiente escudriñar estas historias para contarlas con los mayores.

## Trabajos citados

- Appelbaum, Nancy P (2007).** *Dos plazas y una nación: raza y colonización en Riosucio, Caldas, 1846-1948.* Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH, Universidad de los Andes, Universidad del Rosario, Bogotá.
- Bejarano Avila, Jesús Antonio (2015).** *El despegue cafetero (1900-1928).*[aut. libro] José Antonio Ocampo Gaviria. *Historia Económica de Colombia.* Ediciones Fondo de Cultura Económica SAS, Bogotá.
- Caicedo, Luis Javier (2009).** *Los títulos de San Lorenzo: recopilación y estudio de los títulos de propiedad del Resguardo Indígena de San Lorenzo (Riosucio-Caldas), con miras al saneamiento integral del territorio.* Documento Inédito del Cabildo, Riosucio, Caldas.
- Duque Gómez, Luis (1943).** *Informe de la Visita Antropológica realizada en 1943 por Luis Duque Gómez al Dpt.o del Viejo Caldas, con especial referencia a los indígenas del Río La Vieja (Quindío), Riosucio y Supía (Caldas) y Quinchía (Risaralda, además de la Comunidad Negra de Guamal.* Informe de Investigación, Departamento de Caldas, Extensión Cultural y Bellas Artes E.S.D, Instituto Etnológico, Colección digital Instituto Colombiano de Antropología e Historia ICANH, Bogotá.
- Gärtner, Alvaro (2005).** *Los misteres de las minas: crónica de la colonia europea más grande de Colombia en el siglo XIX, surgida alrededor de las minas de Marmato, Supía y Riosucio.* Editorial Universidad de Caldas, Manizales.
- Gonzáles Escobar, Luis Fernando (1998).** *Ocupación, poblamiento y territorialidades en la Vega de Supía, 1810-1950.* Ministerio de Cultura, Bogotá.

- Herrera, Federico & García, Andrés Felipe (2012).** *Estrategias y mecanismos de protección de pueblos indígenas frente a proyectos mineros y energéticos: "la experiencia del Resguardo Indígena de Cañamomo y Lomaprieta"*. Fundación Ford, Riosucio, Caldas.
- Jimeno Santoyo, Myriam Sther (2006).** *Juan Gregorio Pelechó: historia de mi vida*. Editorial Universidad Nacional de Colombia, Facultad Ciencias Humanas, Bogotá.
- Muelas Hurtado, Lorenzo & Urdaneta, Martha (2005).** *La fuerza de la gente: juntando recuerdos sobre la terrajería en Guambía*. Editorial Instituto Colombiano de Antropología e Historia - ICANH, Bogotá.
- Matínez, Luis Olmedo (2010).** *Visiones con-partidas del territorio, en un mundo dividido: el caso de la visión indígena y el Estado*. Universidad Nacional de Colombia-IDEA-UN, Bogotá.
- Rudqvist, Anders (1983).** *La Organización Campesina y La izquierda ANUC en Colombia 1970-1980*. Informes de Investigación No. 1, sl., 1983, Centro de Estudios Latinoamericanos, CELAS, Universidad Uppsala, Departamento de sociología. [En línea] Disponible en: <https://es.scribd.com/document/29078485/La-Organizacion-Campesina-y-la-izquierda-ANUC-en-Colombia-1970-1980>, (Consultada el 29 de marzo de 2018)
- Valencia Llano, Albeiro (2013).** «Campesinos pobres y señores de la tierra. Migraciones hacia el sur de Antioquia 1800-1900». *Revista Historia y Memoria*, Tunja, Colombia, págs. 46-66. [En línea] Disponible: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=325127482004> (Consultada el 29 de marzo de 2018).
- Vasco Uribe, Luis Guillermo (2002).** *Entre la selva y el paramo: viviendo y pensando la lucha india*. Editorial Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Bogotá.
- (2003). *Notas de viaje. Acerca de Marx y la antropología*. Fondo de publicaciones de la Universidad del Magdalena, Bogotá.

— (2010). «Recoger los conceptos en la vida: una metodología de investigación solidaria». Bogotá.

[En línea] Disponible: <http://www.luguiva.net/articulos/detalle.aspx?id=85>)

**Vinasco, Héctor Jaime (2011).** Un acercamiento en la configuración de identidad, en la lucha por la recuperación de la tierra de los indígenas del resguardo Cañamomo Lomaprieta en los municipios de Riosucio y Supía Caldas, 1964 a 1984. *Tesis de grado en Antropología, Universidad de Antioquia.* Medellín.

**Zuluaga Gómez, Victor (2006).** *Una historia pendiente. Indígenas desplazados del Antiguo Caldas.*

Gráficas buda Ltda., Pereira.